

Pilar Paz Pasamar



Antología Poética

Edición crítica y estudio introductorio
Jose Antonio García

Dykinson, S.L.

Colección
ANDALUZAS OCULTAS

Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez
Directoras

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia, Italia
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba, España
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia, España
Francesca Denegri Calderón, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile
Carolina Sánchez-Palencia Carazo, Universidad de Sevilla, España

José Antonio García (ed.)

PILAR PAZ PASAMAR
Antología poética

Dykinson, S.L.

2023

Pilar Paz Pasamar. Antología poética

José Antonio García (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020, con referencia US-1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

© De la introducción, edición crítica y notas: José Antonio García

Colabora: Pedro Mendo

© De los poemas: Herederos de Pilar Paz Pasamar

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Eva Moreno

1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-208-9

ANTOLOGÍA POÉTICA

Pilar PAZ PASAMAR

EDICIÓN CRÍTICA E INTRODUCCIÓN

JOSE ANTONIO GARCÍA

SOBRE EL AUTOR

José Antonio García es un poeta español nacido en Bonares (Huelva). Doctor en Filología Española por la Universidad de Sevilla. Vinculado al periodismo, sus colaboraciones se extienden a diarios y revistas. Es autor de los siguientes libros: *Fundido en Pleamar*, *Rumor de Luz*, *La Fijeza Aprendida*, *Anotaciones Sobre un Vuelo*, *Alba Imperfecta*, *Lineas De Fuga*, *Pequeña Historia de Juan Ramón Jiménez*, *Generación del 27*. *Poemas*, *Música Es El Libro*, *A Quien Conmigo Va*, *L'Eternità Dell'istante*, *Il Colore Degli Incendi*. Su poesía ha sido traducida al italiano, griego y portugués. Adscrito a la Consejería de Educación y Ciencia, fue coordinador regional del programa educativo Juan Ramón Jiménez, de RTVA. Conocedor además de la Obra del Nobel mogueño, ha dedicado al citado escritor numerosos trabajos y libros. En la actualidad coordina el programa radiofónico "Con Vistas al Mar", en la Cadena SER, y participa como miembro colaborador del grupo de investigación Escritoras y Escrituras, de la Universidad de Sevilla. Como conferenciante ha desarrollado una amplia actividad tanto en España como en Europa (Portugal, Polonia, Grecia e Italia).



Fotografía de Pilar Paz Pasamar

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

PILAR PAZ PASAMAR: SOLA CON SU ASOMBRO.....	7
1. Pilar Paz Pasamar: Mara	8
2. Querida Pilar de 20 años.....	10
3. Las revistas, lugares de encuentro	12
4. Pilar Paz Pasamar y la revista <i>Platero</i>	13
5. Pilar Paz Pasamar: obra poética.....	15
6. Referencias bibliográficas	19
7. Criterios de edición.....	21

OBRA 23

Juan Ramón Jiménez. Cartas a Pilar Paz Pasamar	25
Su poesía en <i>Platero</i>	33
Alabanza de María en su embarazo	35
Mundo mío.....	36
Secreto	37
El rezagado	38
La visita	43
El juez	45
El reclinatorio	46
Ruina de Roma	47
Porque la soledad no tiene labios	48
Espero, los que no te saben	49
Poemas de otoño	50
Obra poética (1951-2008).....	51
Dónde voy yo, Dios Mío	53
Los niños y el mar	54
El faro	55
Desde mi huerto	56
Rondador, por el aire	57
Las cosas odiadas.....	59
El rebelde	60
Huésped de mi vida	61
Sabes mi corazón como un camino	62
Del abreviado mar (I)	63
Consejo	65

Elegía	66
Del abreviado mar (II)	67
La casa	69
La alacena	71
Hay algo que nos pasa inadvertido	73
Solo me queda el corazón	75
Presente	76
Violencia inmóvil	78
La torre	79
El insomne	80
La salvación por la enseñanza	81
Moriré con las botas puestas	82
Yo, Alfonso	83
De la piedra que a nombre Bezahar	85
Madre monte corona	87
La sed junto al aljibe	88
Génesis	90
Maitines	91
Idioma	92
Philomena, tu cántico	93
Maimónides bajo la lluvia	94
La noche abolida	95
Rediviva	96
Y, sin embargo, canta	97
Tal día como hoy	99
Felicidad	100
Palabra	101
Taurokathapsia	102
Narciso y el agua	103
Ahora te sé, pues te recuerdo	104
Hide-Away	105
Nido inmenso es el mundo	107
El cuerpo, este preludio de lo eterno	108
Fracaso escolar	109
Alambradas	110

PILAR PAZ PASAMAR: SOLA CON SU ASOMBRO

José Antonio GARCÍA

Con vida comprendida entre los dos últimos siglos, la mayor parte de sus muchos conocimientos fueron aprendizajes adquiridos durante el siglo XX, razón por la cual siempre se consideró hija de aquel periodo. Desde otro punto de observación, y en el análisis del contexto histórico-literario que corresponde, a nuestra autora, Pilar Paz Pasamar, se la ubica en el ámbito de la denominada generación o grupo del 50, reconocida también como la del medio siglo y compuesta por aquel nutrido grupo de poetas distribuidos por toda la geografía nacional que, partiendo del realismo social y la crítica a los aspectos más sórdidos de la vida política y social de la España de la postguerra, acentúa el carácter de experiencia sentimental de la poesía, reivindica plenamente su lado estético, su condición de arte de lo humano. Respecto a la oposición interna al régimen imperante en España, mantienen casi siempre una posición intelectual más que activista. Incorporan temas filosóficos y existenciales. La misma generación responde igualmente a la denominación de “Los niños de la guerra”. Entre sus miembros destacados figuran Rafael Sánchez Ferlosio, José Hierro, José Manuel Caballero Bonald, Aquilino Duque, Alfonso Grosso, Juan Marsé, Jaime Gil de Biedma, Juan García Hortelano, Carmen Laforet, José María Castellet, Alfonso Costafreda, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Carlos Barral, Ignacio y Josefina Aldecoa, Claudio Rodríguez, Jesús Fernández Santos, Ana María Matute, José Ángel Valente, Juan Goytisolo, Antonio Gamoneda, María Victoria Atencia, Ángel Crespo, Carmen Martín Gaité, Gloria Fuertes, Pilar Paz Pasamar, Julia Uceda, Francisco Umbral, Jesús López Pacheco, Manuel Alcántara, Francisco Brines, Eladio Cabañero, Félix Grande, Rafael Guillén, Ricardo Defarges, Julio Mariscal,

Fernando Quiñones, Manuel Ríos Ruiz, Manuel Padorno, Carlos Sahagún, Francisco Nieva, Manuel Mantero, Alfonso Sastre...

Son todos los que están, si bien sabemos que en literatura el término generación se utiliza para designar a un grupo de escritores y de escritoras, surgidos en una determinada época, cuyos componentes representan el paso de un sistema de creencias e intereses artísticos, culturales, sociales y políticos a otro nuevo e innovador. Pero con ser tan clara la definición del propio concepto que se ofrece, reunir a los miembros que bajo dicho término puedan relacionarse, se hace difícil, y en muchos casos, imposible. Por esta realidad debemos entender que la clasificación de los miembros componentes de un grupo es una tarea ardua. La utilización del término generación tiene validez mas solo para la cultura; para la historia de la literatura no existe más que el poeta individual, mejor aún, la criatura, el poema. Por lo tanto, el valor de una generación no es cantidad conjunto indivisible, sino mera acumulación de valores individuales (Dámaso Alonso, 1978: 176). Es normal que, por estas razones, los estudiosos de la materia muestren entre sí grandes diferencias a la hora de fijar un análisis concreto.

1. PILAR PAZ PASAMAR: MARA

Con la tarde rozándonos el cuello; las nubes a modo de acentos que marcaran el ritmo de los versos; el mar, emérito invitado, siempre a la espera de quien vendrá, apenas la palabra se pronuncie, configure y ante la vida suenen los primeros latidos del poema, aquel título, *Mara* (1953), de Pilar Pasamar, tomado del bíblico *Libro de Ruth* “No me llaméis Noemí (esto es, hermosa), sino llamadme Mara (que significa amarga), prologado por Carmen Conde, escrito con buen pulso, igual desde la exigencia y adecuación de las formas, en las formas está lo peculiar de la creación” (Gullón, 1978: 641-42), que en la honda preocupación vital sobre la experiencia mística (aspiración, búsqueda, deseo del alma de encontrar al dios que cada cual lleva dentro-, tuvo una gran acogida, muy especial y significativa la crítica elogiosa de Juan Ramón Jiménez, - inevitable aquí la relación de *Mara* (“Dónde voy yo, Dios mío/ con este peso tuyo

entre mis brazos”) con Dios deseado y deseante. Animal de fondo, (“Dios del venir, te siento entre mis manos, /aquí estás conmigo en lucha hermosa/ de amor, lo mismo/ que un fuego con su aire), versos concluyentes de Pilar Paz Pasamar y de Juan Ramón, que explican también el crédito concedido al libro de referencia, del cual Ricardo Gullón, que a la sazón residía en Puerto Rico desde agosto de 1953 (era profesor visitante de la Universidad), pudo tomar impresiones directas y al instante de ser pronunciadas por el Andaluz Universal:

Hay una muchacha, Pilar Paz Pasamar, que ha escrito un poema excelente, magnífico, sobre Dios. Es el poema inicial de su libro. Qué cosa extraordinaria.

Entre los jóvenes encuentro de cuando en cuando cosas excelentes. Una jovencita, Pilar Paz Pasamar, ha publicado en su libro *Mara* un primer poema que es una joya. Esa niña es genial. Voy a buscar su libro y lo veremos (Gullón, 1953: 116).

Juan Ramón sale un instante a la habitacioncita que le sirve de archivo y vuelve con el libro de Pilar en la mano. Sentándose de nuevo en la butaca y ayudándose de una lupa que coge en la mesa lee con su hermosa voz grave el poema de la joven poetisa (Gullón, 1953: 151).

Búscate un lecho blando
en el pecho del niño o el poeta,
pero déjame a mí, muda y perdida
sobre la tarde a solas. (Mara)

Cuando publica *Mara*, su autora contaba con 18 años. El poemario despertó tanta expectación que, aparte el reconocimiento de Juan Ramón, los jóvenes poetas de la época vieron también en ella un nuevo referente de la poesía. El libro estableció asimismo un vínculo enriquecedor entre Pilar Paz Pasamar y el Nobel moguerense, exiliado en Puerto Rico por causa de la Guerra Civil Española. De aquella relación entre el Maestro y la discípula se destaca un interesante epistolario del cual damos cuenta seguidamente.

2. QUERIDA PILAR DE 20 AÑOS

De tan original manera inicia Juan Ramón Jiménez la relación epistolar que mantuvo con Pilar Paz Pasamar, de 20 años, su admirada poetisa de Cádiz (1953), vía Puerto Rico-Madrid y formato de carta postal, un género literario que ambos cultivaron con apasionamiento, espontaneidad y rigor.

La carta, efectivamente, figura en todos los proyectos de obra definitiva que Juan Ramón diseñó en su madurez, cuando en 1935 decidió ordenar y publicar su Obra (con mayúscula), existente hasta entonces con el título general de Unidad, veintiún volúmenes en total, el penúltimo de los cuales, marcado con la letra “F” estaría dedicado en exclusiva a las cartas personales que recibió durante su vida, junto con aquellas otras escritas sobre papeles sueltos y contenido diverso, sometidas también como sus poemas, a revisiones de última hora, según el mismo poeta observara un acercamiento mayor del texto a su estado de ánimo más actual. Casi todas fueron escritas con lápiz y en momentos y espacios singulares: el tren, una plaza, una calle, el campo, una hoja de periódico...

Estilísticamente, estas cartas, desde una sencillez extrema hasta un complicado barroquismo, son respuestas conformes con la complejidad de la Obra juanramoniana. Las citadas han sido estudiadas y clasificadas atendiendo a diferentes criterios de ordenamiento, tales son la cronología, los lugares de origen y destino, los destinatarios, amén otras circunstancias derivadas de las anteriores, caso y cosa en Juan Ramón de la alta consideración que le merecieran las relaciones familiares y la calidad intelectual de tantísimos personajes integrados en su marco de relación, nómina en la que figuraban escritores y artistas nacionales y extranjeros, de prestigio.

De tan amplio conjunto, solo aquellas cartas que fueron publicadas por Juan Ramón en vida pueden considerarse como definitivas. Las otras son solo aproximaciones de la carta ideal, el poema ideal, la prosa ideal. La Obra, en suma, que él hubiera querido y podido escribir (11:62).

En la edición facsímil de las Cartas a Pilar Paz Pasamar, la autora realizó la siguiente apreciación:

Si algo tan insólito como gratuito me ha ocurrido en la vida, creo que está testimoniado en esta presente edición de una correspondencia que, en parte, quedó un día depositada, como un ramo de flores amarillas o perejil fresco, “al aire del patio y de fragancia” de la Casa Museo de Zenobia y Juan Ramón en Moguer.

La Fundación onubense que la sustenta, uñita a la sevillana de El Monte, ha querido iniciar como esta historia poética y tierna una serie de grandes proyectos a realizar. El “escamondeo” y transcripción de estos viejos papeles cruzados por la difícil grafología del Premio Nobel, harán asequibles la lectura y, frente a lo durante muchos años mantenido por el desconocimiento o la mala información, demostrarán algo importante: que este gran poeta del siglo XX no vivió ensimismado en la torre marfileña que le adjudicaron algunos, sino abierto a todas las nuevas voces que llegaban de nuestro continente al que él habitara, en Puerto Rico.

La prueba está en que desde la Universidad de Río Piedras, él inquiera, lee y se interesa, cosa admirable, por una muchachita estudiante de Filosofía y Letras a la que escribe, por la que se interesa, y a la que anima después en los primeros pasos de su andadura poética. Pero no a ella sola, sino a los que con ella formaron el grupo de poesía Platero, la Revista que los agrupó durante veintitrés números bajo la advocación del burrito juanramoniano.

Fuimos nosotros, los poetas del Platero, con quienes quiso estar en la distancia “para siempre”, en ese “plus ultra” que el amor y el destino elaboran. Y a pesar del dolor de aquel tiempo, por la enfermedad que sufría Zenobia, o su propia disminución física, Juan Ramón, el respaldo y aliento y su propia colaboración quedaría “haciéndolo para siempre”, como dijera en sus versos. Por siempre jamás, este Platero de Cádiz, estas cartas a mí dirigidas, quedarán asidas de su mano, más allá del tiempo, más allá del milenio que concluye, de lo perecedero y caduco.

Tras los cristales de la vitrina de la Casa Museo de su pueblo natal donde reposa junto a la que fue paradigma de lealtades y ternura, Zenobia Camprubí, quedan estas palabras escritas de su puño y letra. Lo demás, permanecerá en el espacio que de él y de Dios nos separa

3. LAS REVISTAS, LUGARES DE ENCUENTRO

Un espacio de encuentro entre los escritores, junto con las antologías, fueron siempre las revistas literarias. Con más de siglo y medio de relación de la prensa con la literatura, las revistas literarias significaron nuevas maneras de acercarse a la lectura. Como publicaciones con periodicidad no sometida a la urgencia de la información de la actualidad, sino orientadas a la divulgación cultural -o algunas de sus facetas: arte ciencia literatura, etc.- y dirigidas a un público con intereses específicos (Celma Valero, 1991:13), esta misma definición que se aplica a las revistas de finales del siglo XIX valdría también para sus correspondientes de un siglo más tarde, con su ámbito ya delimitado y todo el bagaje que incorpora al campo de nuestra investigación tan dilatado período. Nunca desconectadas de lo actual, referente periodístico que justifica siempre la selección de sus contenidos, sea cual sea el momento al que se ciñe el índice de lo publicado, lo cierto es que literatura-revista sellaron por lo general sus relaciones con un mayor grado de estabilidad que las igualmente observables entre literatura y periodismo diario, más condicionado este último por la necesidad de enfrentarse a la noticia, al curso rápido de los acontecimientos. Es por este hecho diferenciador que, como lugares comunicativos que son, las revistas literarias, en razón de su misma periodicidad -semanal, quincenal, mensual, trimestral ...- construyan espacios semióticos, esto es, descubran las relaciones que se establecen con los lectores y con los valores de la sociedad a la que están destinadas (Caprettini, 2000: 12), de manera más sosegada que los propios diarios, y retengan -y ofrezcan a la vez análisis más profundos de la materia informativa tratada, gracias también a las herramientas que dispone.

Por esa capacidad de reposo y de profundización en los estudios de la actualidad, la revista se aleja del periodismo y se coloca a medio camino entre este y la literatura. A medio camino también el lenguaje que usa, la revista se sitúa entre el lenguaje literario y el lenguaje común, con ideas no sometidas a la eficacia y al lenguaje de un diario.

4. PILAR PAZ PASAMAR Y LA REVISTA *PLATERO*

La primera parte del pasado siglo XX (décadas de los años 30-40, sobre todo) se caracterizó por la implantación en toda Europa de los movimientos de vanguardia, los llamados ismos: surrealismo, ultraísmo, dadaísmo, creacionismo, adanismo futurismo, cubismo,... los cuales abocaron a una nueva realidad surgida de una profunda renovación de las ideas, con expresión viva en el arte (narrativa, poesía, pintura, escultura, música, fotografía, cine, teatro, baile, moda...), anticipando la nueva sensibilidad del siglo. Con respecto a las revistas literarias, asociada cada una de sus cabeceras a un determinado movimiento afín, contribuyeron de manera decisiva al desarrollo e instauración de las diferentes corrientes renovadoras que invadían Europa, propugnando al propio tiempo la ruptura con el pasado. En España y en el tiempo de referencia, desde la acertada y más abierta consideración de la literatura como “realidad que no tiene fronteras, ni espaciales ni temporales, todos los autores y todas las lenguas contemporáneos entre sí” (Eliot,1972: 42-53), las revistas literarias, entre 1921 y 1939, se convirtieron en lugares de emplazamiento tanto para los escritores que sufrieron el exilio como para quienes, por diferentes motivos, desarrollaron su obra de creación en España y Europa, un mapa muy amplio, un hecho que marcó distintos rumbos a las publicaciones que acogieron textos de poetas de la Generación del 27 (Alberti, Aleixandre, Alonso, Altolaguirre, Cernuda, Gerardo Diego, Jorge Guillén, García Lorca, Pedro Salinas y Emilio Prados, como representantes destacados), todos ellos agrupados por la crítica bajo el membrete Generación de Plata, los cuales abrazaron las propuestas vanguardistas, aunque sin aceptar ruptura alguna con la tradición. Lo dejó bien dicho Gerardo Diego cuando defendió

nuestro Romancero, auténtica joya de la literatura nacional y universal:

¡Qué culpa tenemos nosotros que nos guste lo nuevo y también lo viejo”, diversidad y campo de cultivo para la aparición de revistas literarias ligadas a cada movimiento, casos de Papel de Aleluyas (Huelva); Mediodía (Sevilla); Litoral (Málaga); “Carmen y Lola” (Granada)! En Cádiz, “Platero” (2000: 127).

Platero fue una publicación importante por el hecho de contar con escasos medios, pese a lo cual siempre encontró la colaboración de escritores reconocidos; Juan Ramón Jiménez, los poetas de la Generación del 27 (citados anteriormente), los colaboradores más jóvenes del momento: Luis Rosales, Camilo José Cela, Luis Felipe Vivanco, José Antonio Muñoz Rojas, José Hierro, Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, Gabriel Celaya, Carmen Conde, Pablo García Baena, Ricardo Molina, Blas de Otero, José Luis Cano, Ángel Crespo, Juan Eduardo Cirlot, Carlos Edmundo de Ory, Miguel Labordeta, Leopoldo de Luis, Antonio Buero Vallejo, Antonio Gala, José Rodríguez Méndez y Pilar Paz Pasamar.

Nosotros somos los poetas y escritores de Cádiz. Noveles nunca. Jóvenes, sí. Que no es igual. Lleva ya rondando muchas horas la esperanza para que nos digamos nuevecitos. Traemos una emoción muy grande y unas enormes hambres de comunicar belleza. Nuestra hermosa intimidad, nuestro afán creativo solo puede y debe ser entendido y gustado por el noble espíritu alentador como el tuyo mismo. Del brazo nuestro irán categorías y nombres otorgando, destacadas firmas nacionales y extranjeras. Dios y su bondad con todos.

Esta es la carta de presentación que hacen los poetas de la revista *Platero* en el primer momento de su aparición. En el sumario del número 1 de la citada revista ya aparecen trabajos de autores prestigiosos tales son José Manuel Caballero, Julio Mariscal, Fernando Quiñones, Ángel Crespo, Carlos Murciano,

Carmen Conde y nuestra autora, Pilar Paz Pasamar, asidua en *Platero* y única escritora de la publicación junto con Carmen Conde.

Con precedentes históricos muy notables en Andalucía, surge *Platero* de la mano de Serafín Hesler, Felipe Sordo Lamadrid, Francisco Pleguezuelo y el ya mencionado, Fernando Quiñones, impulsor de la revista, sin que olvidemos a Juan Ramón Jiménez, protector y defensor de la misma desde su exilio. “Los primeros poemas del maestro llegaron junto a una rosa disecada”. Su ayuda se dejó sentir también en el aspecto económico, ya que en tres ocasiones envió sendos talones a su redacción.

A través de *Platero* pudo Juan Ramón conocer a buena una parte de la joven poesía española, especialmente a los autores noveles gaditanos, entre los que destacó la joven Pilar Paz Pasamar. Su participación en la revista fue frecuente, en un tiempo, además, fructífero para la escritora gaditana.

En el ámbito general de las revistas editadas en castellano, Pilar Paz Pasamar publicó en *Alcaraván*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Al-Motamid*, *Cuadernos de Ágora*, *Verbo*, *La Estafeta Literaria*, *Caracola*...

5. PILAR PAZ PASAMAR: OBRA POÉTICA

“El lenguaje es la residencia del ser. El hombre se revela como el ser que habla” (Heidegger, 1990: 19). Se entiende con ello que Poesía se defina como expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a la medida y cadencia, de la que resulta el verso y que Poética sea la Obra sobre los principios y reglas de la poesía, en cuanto a su forma y esencia. Queda por confirmar la integración a la materia literaria de dos intuiciones: la del autor y la del lector, mas no como fusión, sino a la manera de una intuición totalizadora, la cual da lugar a la emocionada contemplación del poema.

La lectura, que es también un acto creador, encuentra sobrada motivación en la obra poética de Pilar Paz Pasamar y desde muy temprana edad, siempre latente en sus textos una “particular concepción religiosa de la existencia y del destino, de la

condición humana y la predestinación, y de su afirmación de la función de la mujer en el mundo desde el mismo momento de la creación.” (Conde, 1951: 18). De ahí que la poesía fuera para ella “una realidad que descubrió muy pronto a través del sonido que, junto a la lectura, la sometiera a una relación de acoso, por su parte, siempre fallida”.

Desde la afirmación del sentido místico y religioso de la experiencia poética, en *Mara*, al descubrimiento del mundo a partir del intimismo cálido y sensual de *Los buenos días*, y los sonos amorosos de *Ablativo amor* y *Abreviado mar* hasta la cumbre marcada por *Philomena* y *Sophia*, Pilar ha venido ofreciéndonos versos de extremada sencillez. Su poesía se fundamenta en una pregunta metafísica sobre Dios, en la línea de nuestra tradición lírica y en la frescura sensual del verso sureño, una combinación que entronca directamente con la mística española en el camino que sugieren Gil Vicente, Lope y Teresa de Jesús.

Hasta este momento la voz de Pilar Paz Pasamar no ha hecho más que construir un diálogo permanente con el misterio de la vida: la eternidad de la palabra, el silencio, pero igualmente con las cosas mundanas y la naturaleza. La poesía de nuestra autora, hecha de un tejer solitario, de un pensar en silencio y, sobre todo, de una atenta escucha que transforma el pulso interior en una “música callada”, en una voz que se impone por derecho. En su viajar continuo de lo viejo a lo nuevo, de lo cotidiano a lo extraordinario, de lo cruel a lo amoroso, van también parte de su infancia y de su madurez. Cuando se le pregunta por la poesía, aparte de la diferenciación que se pueda establecer con otros géneros literarios, subraya su entrega absoluta a la lírica:

He cultivado todas las estrofas y te confieso que es el cuerpo el que me pide, en un determinado momento, que escriba un soneto, una canción, o verso libre. Algo muy común entre los andaluces es que tengamos una vena musical. La música y el ritmo surgen de una manera espontánea, como sin buscarlo, mientras creo las palabras que moldean unos versos u otros. A menudo asocio la música popular con la creación de estrofas, y en este

sentido, la métrica latina es para mí un referente indispensable.

El conjunto de la obra poética de Pilar Paz Pasamar está integrado por los siguientes libros:

- 1951. *Mara*, Madrid, Impr. Altamira. Prólogo de Carmen Conde.
- 1954. *Los buenos días*, Madrid, Rialp, col. Adonais. Accésit del Premio Adonáis.
- 1956. *Ablativo amor*, Barcelona, Atzara. Premio Juventud.
- 1957. *Del abreviado mar*, Barcelona, Col. Ágora.
- 1960. *La soledad, contigo*, Arcos de la Fra. (Cádiz), Col. Alcaraván.
- 1967. *Violencia inmóvil*, Madrid, Col. Ágora.
- 1982. *La torre de babel y otros asuntos*, Cádiz, col. Torre Tavira. Prólogo de Carlos Muñiz Romero.
- 1986. *La alacena. Antología*, selección y estudio preliminar de José Ramón Ripoll, Jerez, Diputación de Cádiz, Col. Arenal.
- 1990. *Textos lapidarios. La dama de Cádiz. Poemas*, Cádiz.
- 1994. *Philomena*, Sevilla, Fundación El Monte. Premio de Poesía Mística Fernando Rielo.
- 2001. *Opera lecta*, Prólogo de Cecilia Belmar Hip, Selección de Manuel Francisco Reina, Madrid, Visor.
- 2003. *Sophia*, Sevilla, Ed. Distrito del Sur & Ayuntamiento de Sevilla, Col. Ángaro. Prólogo de José María Balcells.
- 2007. *El río que no cesa*, Selección de la autora, prólogo de Mauricio Gil Cano, Jerez de la Fra. (Cádiz), EH Editores, Col. Hojas de Bohemia n.º 10. Epílogo de Manuel Francisco Reina. Incluye un CD con poemas recitados por la autora.
- 2008. *Los niños interiores*, Madrid, Calambur. Col. Poesía, n.º 84. I Premio de Poesía Andaluza “El Público lee” de Canal Sur, en 2008.
- 2009. *Acogida*, Cádiz.

- 2013. *Ave de mí, palabra fugitiva*, (Poesía 1951-2008). Ed. y estudio preliminar *Huésped de mi sonido más profundo: la poesía de Pilar Paz Pasamar* de Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura & Diputación Provincial de Cádiz.
- 2015. *La nunca poseída*, Sevilla.
- 2016. *Solo me queda el corazón*, Málaga.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CONDE, Carmen (1951). “Prólogo”. *Mara*. Madrid: Imprenta Altamira.
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo (7 de diciembre de 1967). “Violencia inmóvil, de Pilar Paz Pasamar”. *ABC* (Madrid): 44.
- DIEGO, Gerardo (2000). “Reseña de Violencia inmóvil”. En *Obras Completas*, Tomo VIII. Prosa literaria, vol. 3 (Ed. José Luis Bernal). Madrid: Alfaguara: 926-928.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1 de octubre de 1959). “Poesía de Pilar Paz Pasamar”. *La Vanguardia Española* (Madrid): 34.
- GARCÍA JAMBRINA, Luis (11 de abril de 2009). “Preludios de la eternidad”. *ABC Cultural* (Madrid): 20.
- GIL CANO, Mauricio (15 de mayo de 2018). “La hija predilecta de Jerez”. *La voz del sur* (edición digital). Consultado en: https://www.lavozdelsur.es/opinion/hija-predilecta-de-jerez_44991_102.html
- GONZÁLEZ ROMERO, Claudia (14 de julio de 2017). “La poeta jerezana Pilar Paz Pasamar, premio de las Letras Andaluzas”. *La voz del sur* (edición digital). Consultado en: [https://www.lavozdelsur.es/cultura/la-poeta-jerezana-pilar-paz-pasamar-premio-de-las-letras-andaluzas_44867_102.html#:~:text=Pilar%20Paz%20Pasamar%20\(1932%2C%20Jerez,%2C%20en%20su%20sección%20andaluza.](https://www.lavozdelsur.es/cultura/la-poeta-jerezana-pilar-paz-pasamar-premio-de-las-letras-andaluzas_44867_102.html#:~:text=Pilar%20Paz%20Pasamar%20(1932%2C%20Jerez,%2C%20en%20su%20sección%20andaluza.)
- GONZÁLEZ, Manuel Gregorio (2004). «Pilar Paz Pasamar» en la sección *Voces profanas, cartografía del sur, Mercurio*, panorama del libro en Andalucía, n.º 58.
- GULLÓN, Ricardo (1958). *Conversación con Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Taurus.
- HEIDEGGER, Martín (1990). *De camino al habla*. Madrid: Serbal.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1992). *Cartas* (Ed. Francisco Garfias). Madrid: Espasa Calpe.
- LAFFÓN, Rafael (9 de mayo de 1961). “La soledad contigo, por Pilar Paz Pasamar”. *ABC* (Ed. de Andalucía): 39.
- LÓPEZ, José Antonio. (25 de abril de 2015). “Pilar Paz Pasamar reúne en un solo volumen sus once libros de poesía”. *El diario de Cádiz* (Cádiz). Consultado en:

https://www.diariodecadiz.es/ocio/Pilar-Paz-Pasamar-volumen-libros_0_691731295.html

- LÓPEZ, José Antonio. (8 de marzo de 2019). “La poeta jerezana Pilar Paz Pasamar muere en Cádiz a los 86 años”. *El diario de Cádiz* (Cádiz). Consultado en: https://www.diariodecadiz.es/ocio/Muere-jerezana-Pilar-Paz-Pasamar_0_1334267043.html
- PALOMO, María del Pilar (1997). *Movimientos literarios y periodismo en España*. Madrid: Síntesis.
- PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER, Ana Sofía (1 de enero de 2015). *Pilar Paz Pasamar: Cantar, cantar, cantar es lo que importa*. Sevilla: Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Junta de Andalucía
- PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER, Ana Sofía (2008). “Los borradores silvestres de Pilar Paz Pasamar (1947-1948)”. En *Estudios de teoría literaria como experiencia vital. Homenaje al Prof. José Antonio Hernández Guerrero*. Cádiz: Universidad de Cádiz: 279-294

CRITERIOS DE EDICIÓN

Esta breve antología poética selecciona algunas composiciones importantes de Pilar Paz Pasamar. Por ese motivo, su obra se divide en tres apartados. El primero ofrece la transcripción de las cartas que el poeta Juan Ramón Jiménez escribe a la escritora protagonista de esta edición. Se respeta la peculiar tipografía (rasgos aljamiados) de las publicaciones de Juan Ramón. El segundo capítulo reúne las composiciones poéticas que escribió para la revista *Platero* y el tercer y último capítulo es una selección de poemas de sus obras publicadas entre 1951-2008. Las únicas modificaciones que se han realizado están relacionadas con la actualización de la gramática.

ANTOLOGÍA POÉTICA

Pilar PAZ PASAMAR

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
CARTAS A PILAR PAZ PASAMAR

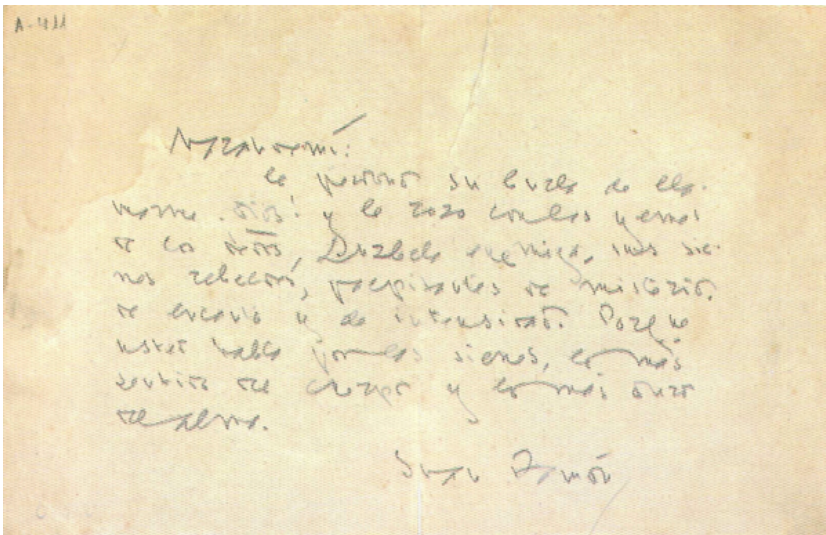
PRIMERA

[Sin Fechar]

Maranoemí:

Le perdono su burla de llamarme ¡Dios! y le rozo con las yemas de los dedos, Luzbel enemiga, sus sienes rebeldes, palpitanes de misterios, de encanto y de intensidad. Porque usted habla por las sienes, lo más sentido del cuerpo y lo más duro del alma.

Juan Ramón



SEGUNDA

[Sin Fechar]

Pilar Paz Pasamar:

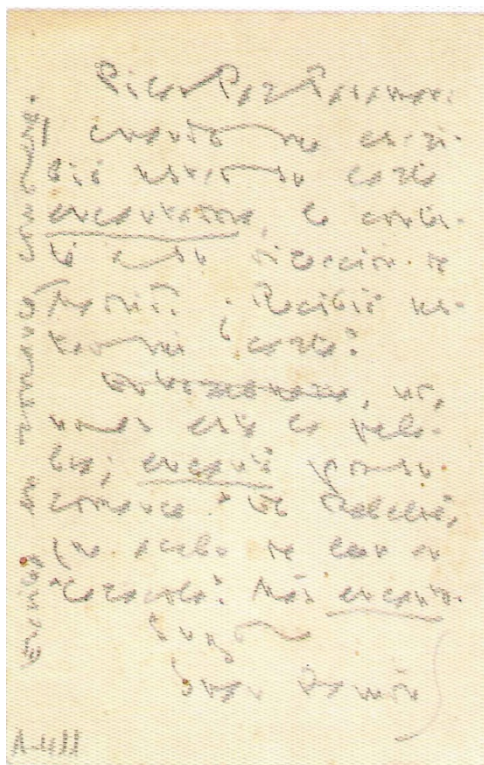
Cuando me escribió usted su carta encantadora, le contesté a su dirección de Madrid. ¿Recibió usted mi carta?

Enhorabuena, no, no es esta la palabra; encanté por su romance "El Rebelde", que acabo de leer en "Caracola". Más encanto.

Suyo

Juan Ramón

Escriba en romance como ese.



TERCERA

[Sin Fechar]

Gracias, querida Pilar de 20 años, por tanto regalo como me mandas en tu preciosa carta. Gracias por la encantadora canción para Antonia, por todo lo que el artículo de la excursión a Moguer supone. Si yo no escribí a “Platero de Cádiz” en tanto tiempo, no fue por desidia ni olvido. Desgraciadamente para mi mujer y para mí, nuestras enfermedades simultáneas fueron muy serias y muy penosas. Yo me quedé sin fuerzas, y no podía ni cojer el lápiz (con el que escribo siempre).

Ahora estaré ya siempre al lado de ustedes, y a tu lado, porque tú estás sola de tu grupo en Madrid. Hoy mismo he echado una carta para los amigos de Cádiz, con la presentación que me pidieron para Rafael Alberti y anunciándoles el envío de trabajos nuevos para la revista. El primero, un prólogo que escribí para la edición española de París. Y ya no les dejaré mientras yo viva, repito.

Estoy deseando que lleguen tus dos libros, Pilar. Sí he leído “El Reclinitorio” que me reveló una poesía plena, rica y delicadamente fuerte. Nada más fuerte que la delicadeza exacta. Pilar de 20 años, un beso de mis 71, un beso de mis 70 y más primaveras.

Juan Ramón

Zenobia te agradece tus recuerdos. Es la mujer ideal. Y sigue enferma. Mañana tiene que ir, por 3 días, al hospital. ¡Muy triste!



Esta edición facsímil de las *Cartas a Pilar Paz Pasamar* de Juan Ramón Jiménez, realizada por la Fundación Juan Ramón Jiménez de Moguer y la Fundación El Monte, impresa en papel Rives Design, consta de 300 ejemplares numerados. Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Antonio Pinelo el 24 de junio de 1998, solsticio de verano y festividad de San Juan.

SU POESÍA EN
PLATERO

PLATERO

verso y prosa



ALABANZA DE MARÍA EN SU EMBARAZO

Ventre mío, mi vientre. Privilegio
de Dios, cóncava luna de dulzura.
¿Qué empuje misterioso te está haciendo
visible para el ojo de la criatura?

Ventre mío, mi vientre, mi cuidado,
Curvo frescor donde la luz anida,
Redonda de un portento consumado.
Cuidado mi cuidado... Ya la vida
le está dando su forma en abultado
colmo. Oh, mis vestidos, mis vestidos,
que cubran dulcemente el templo vivo,
este vientre, un vientre, mi cuidado...

¡Qué peso! ¡Qué calor! No tengo brazos
para cruzarlos ya sobre esta anchura.
Qué me pesan su carne y estatura,
Qué me pesa el Amor, en mi encerrado.

Oh qué encendida estoy en mi desgana
y ufana mi cintura se sustenta
sobre mi vientre, vientre donde cabe
la promesa de Aquél que así me aumenta

Poesía, Revista 2,
Año 1951 (p. 7)

MUNDO MÍO

Tengo ternura hasta para lo malo,
hasta para lo feo y en desorden.
Una ternura abierta y solitaria
sin límite ni bordes.

- A ver, así hijo mío...
¡Y le hablo al mudo
y le torno a mirar, desencajada,
absorta en mi ternura!

Y a los árboles beso
y a las piedras les digo, del camino,
que son mis hijas ellas.
Ellas que nunca sienten
que no recuerdan nunca y nunca olvidan.

Pero yo necesito acariciar aristas
y arropar a las rosas con mi mano
y palpar muchas frentes de cosas y animales
porque tengo ternura que me nace
de mis manos calientes, de mis ojos,
y miro al mundo cual si fuera un hijo
y le perdono faltas y lo visto
de esta luz que me sobra entre la sangre.

- Así hijo mío, así...
¡La vida, el árbol,
la luz, la piedra, el pájaro, son míos!

Poesía. Revista 4,
Año 1951 (p. 3)

SECRETO

¿Y si yo te dijera, madre mía,
que no quiero vivir?

Ahora que está tan tierno mi tobillo
y que mis labios con el primer roce
se han puesto, de repente, en carne viva.
Ahora que no tengo en mi cintura
peso de abrazos húmedos, y llevo
el pecho tan erguido
como el ciprés, el álamo y el roble.

Ahora, madre mía, yo te digo
que no quiero vivir.

Pero no te entristezcas, yo cuidaré tu huerto
verás como maduro, igual que los manzanos,
verás como me pueblo y me completo, lenta.

Un día me hallarás, repleta de veranos,
con las manos reseca apretándome el pecho
y los ojos abiertos, cuajados de ambiciones,
y verás que sonrío y que mi seno nutre,
y mi grito en un día dolerá tus oídos.

Me verás disputándome la luz entre mis hijos
y vivir junto al hombre a quien yo llame dueño,
y sentirme ojerosa, cansada, soñolienta,
una tarde cualquiera en tus viejas rodillas.

Esto es lo que me aguarda. No te entristezcas, madre,
yo bien sé que a la vida le pagaré el tributo,
que he de seguir hundiéndome, justificando el paso
de mi pie por tu orilla.

Poesía. Revista 6
Año 1951 (p. 5)

EL REZAGADO

Las puso sobre el fuego. Primero tornáronse coloradas y se abovedaron un momento para, después, desplegarse como alas de pájaros. Luego, frotó contra otra y era casi imposible no escuchar un crujido como de rama que se rompe, tan secas y duras eran las manos.

Pero sólo se oía la brillante carcoma de las llamas, a dentellada limpia sobre la leña, que subía descarada hasta destacarse sobre el gris de la tarde.

Luz ceniza, pesada, goterosa, como agua que chorrea con lentitud; árboles desnudos y retorcidos en silencio; matojos punzantes y secos; frío de invierno sobre las chozas, mordedor de las manos del campo que, palmas arriba, quedaban desoladas frente al perfil cárdeno de una nube opulenta.

El pastor era viejo. Lo sabían los demás, y quizás él también; y por eso se respetaba su silencio cuando alrededor de la hoguera los hombres decían, y se escuchaba la voz del anciano con devota atención. Aquello era saber.

Porque la vozarrona que escapaba entre puntas de una barba roja, a la que parecía teñir tanto arrimo de hoguera y charla de fogata, pero que era de un magnífico tono natural, evocaba cosas y seres que, de no ser por ella, jamás habrían conocido los otros.

Estirado, olisqueador de vientos, más perro guardián que aquel que lamía sus manos, su antiguo instinto de tierra sorbía esencia de campo y soledad de montaña, a las que llenaba-qué ingenio el suyo – de historias y ruidos que hacían el asombro de los otros pastores.

Aquella tarde había mucho silencio, porque no tenía con quien hablar.

Arrebujadito y triste en el establo el rebaño, mezclaba estremecimiento y balido; se apegaban las orejas; frotábanse hocicos y pezuñas, y todo se teñía de una nebulosa bajita y tibia que se iba posando en las frentes, en los rizos de lana de los animales.

El pastor comenzó a recordar y le tembló la barba de recuerdo. Toda la luz el entraba por los ojos como si la tarde hubiese acudido a la señal que su barbilla alzada, hondeando el paño rojo del vello, le hiciera.

Sí; hacía de esto muchos años, pero allí mismo ocurrió. Eran los de siempre, los padres de los que ahora acercaban su cansancio a la hoguera: José, más viejo y estropeado que él, venía de vez en cuando; Miguel, que murió haría dos semanas; Matías, con el que peleó y en dos años anduvo mirándolo como si quisiera aplastarlo de un golpe; Daniel, el rubicundo marido de Anías, gruesa mujer de pechos enormes y mirada fija, como la del águila...

En este mismo lugar se reunían antaño. Claro que él era muy joven y la barba incipiente. Tenía los carrillos duros y redondos y las manos atezadas, pero no reseca. Sólo la cojera que le quedó desde aquella caída le hacía sentirse triste y rezagado, pero en algunos momentos nada más.

Era tan alegre que nada le importaba mucho, ni siquiera que los amigos gritasen:

- ¡Eh, dejad que corra él solo! ¡Vamos a ver cómo arrastra la pierna el cojo!

- ¿Y qué?

Arrastrada, con su cicatriz rosada y larga, su pierna podía obedecer.

Al regreso de la pastura, metido ya el ganado en el establo, la hoguera abría su boca roja, y todos se arrimaban al maternal bostezo.

Y entonces salían a relucir las historias. Era tanto lo que había que hablar tras la soledad del cuidado diario.

Los había casados y con hijos. Algunos con mujeres parecidas a Anías, torvas, enormes, que traían hijos con desesperante facilidad y criaban greñas, y mugre, y carne sin cesar.

Había los jóvenes, él era uno de ellos, y no sabía de mujeres ni aburrimientos. Se desligaba todos los días de la familia y allá se marchaba entre balidos, cojera y trote. La soledad del campo, después, era suya.

Un atardecer, casi de noche, cuando estaban todos reunidos, dijo uno de los mayores:

- Hay que ver de qué manera se han puesto los caminos con el nuevo edicto. Debe ser fastidioso ir a empadronarse cuando se vive tan lejos. Los hay que llevan temporadas grandísimas de viaje.

- El otro día, a la revuelta del camino que baja al pueblo unos ladrones atacaron a un viajero. Le quitaron todo: ropa, dinero, caballo, y terminaron matándole. Allí quedó, tendido en mitad del camino. Daba miedo verlo; los ojos abiertos, el vientre desnudo y abultadísimo. Tenía la cabeza abierta por la mitad...

Se arrimaron unos a otros, con miedo o curiosidad. El que hablaba sonrió satisfecho. Él era siempre el de las noticias que sobrecogían.

De pronto, la mano del pastor resbaló de la cabeza del perro en la que descansaba tibiamente. El hocico del animal subía, y subía, y husmeaba el aire. Pronto, los demás perros hicieron lo mismo, y la noche toda se rasgó con un aullido largo.

Se miraron todos; las caras, de un idéntico tono rojo, se descomponían de asombro. Algunos se levantaron.

- ¿Quién se acerca?

Era un joven alto y delgado. Su figura se destacó próxima a la hoguera, y fue acercándose con lentitud al grupo.

Ladraban los perros y los alientos salían como nubecillas de aquellas bocas abiertas, entre colmillos puntiagudos y lenguas húmedas.

Llevaba un cayado en el que apoyaba la mano pálida y delgadísima. Los que estaban levantados se acercaron a él; casi, casi, le palpaban la ropa.

El extraño vestía paño grueso y se abrigaba con pieles de cordero. Las llevaba desde los hombros a las rodillas, atadas en la cintura por un cordel que le ceñía en varias vueltas. Aún detrás de ese abultamiento se advertía una figura delicada, más bien de mujer, de tan cimbreante y escurrida.

Miraba a todos, mientras en la frente se le agolpaba el reflejo del fuego, y debajo de éste, se abrieron, enormes, unos ojos que anunciaban la paz.

El Señor sea con vosotros.

¡Qué voz, Señor, qué voz aquella!

Le recordaba ahora el pastor y se escalofriaba sin remedio. Era una voz – ni de hombre, ni de mujer- que sonaba como golpe de viento, o quebradura de rama, ni blanda ni heridora.

Le hicieron sitio. Apretujábanse para verle mejor. Corrieron los perros, todos, a lamerle las manos y rodillas; uno de ellos posó la pata en su regazo y escondió la cabeza entre las pieles.

Acarició lomos. Miró a los hombres y dijo:

- He venido enviado a vosotros; he venido para anunciaros esta gloria: el Mesías esperado ha nacido ya.

Nunca habían oído los pastores estas palabras, no otras que se les pareciesen. En otros momentos nadie hubiera comprendido lo que el anuncio significaba. Sin embargo, el júbilo agitó los brazos, las mejillas, el pensamiento de los pastores que entre gritos se levantaron.

- ¡Ha nacido ya!, ¡ha nacido ya!

En otra ocasión hubieran preguntado:

- ¿Qué quieres decir, extranjero? ¿Quién es el Mesías? ¿Esperábamos algo?

- ¿Y qué hemos de hacer? - preguntó el más sensato.

- Id a las afueras de Belén, llegaréis a un establo. Es allí donde ha nacido el Hijo del Hombre.

Una especie de vértigo sacudió el grupo. Iban y venían alborotados; aquél llevaba una oveja en los brazos; el otro corría, ya sin tino, por el campo; el de más allá azuzaba para llevarla, consigo, como ofrenda, un grupo de corderos, entre risotadas y gritos. Los más viejos caminaban unidos, deprisa, deprisa, con los ojos abiertos a la noche, temblándoles las mejillas y guiados tan sólo por el afán. Los jóvenes corrían con el pelo alborotado, los brazos en el aire. Todos gritaban:

- ¡Vamos, vamos, que ha nacido ya! ¡El Hijo del Hombre! ¡El Hijo del Hombre! ¡El Mesías esperado!

Sólo él – recordaba-, sólo él junto a la hoguera. Veía como los demás iban perdiéndose a lo lejos y le dolió el pecho de silencio.

Y entonces sintió que la cicatriz estiraba por su cuerpo su sonrisa más fría; anduvo algunos pasos. La noche lo palpaba todo, cada vez más oscura y pegajosa.

- ¿Por qué no vas con los demás?

Era el del anuncio quien hablaba, tan cerca de él que sintió la nubecilla del aliento pasar por delante de sus ojos.

- ¿No te das cuenta? Soy cojo.

Había algo muy extraño en los ojos del desconocido, algo tan raro como que la hoguera se apagase, de pronto, por una desconocida ráfaga de viento.

Y él echó a correr muy asustado...

Los que comentaron después el prodigio dijeron que les vieron pasar ante ellos exaltado y veloz, como si le hubiesen nacido alas.

El no recuerda nada. Sólo sabe que sin que nadie le guiase, llegó al lugar señalado. Derribó su cuerpo su frente, por el suelo húmedo del establo y, cuando levantó los ojos, vio delante de sí una mujer reposada y dulce y descolorida, que sostenía en su regazo un niño lloroso, amoratado de frío.

No pudo saber nunca cómo llegó el primero, ni decir nada a sus compañeros, que más tarde, le atormentaban a preguntas.

Regresaron juntos, llenos de emoción y dulzura. La primera luz del alba les sorprendió con los ojos abiertos, apretados del brazo.

Desde allí, desde la covacha oscura, aún llegaban lejanas voces de despedida.

Todo esto recordaba el pastor mientras la hoguera, como otras veces, afilaba sus manos rojas frente al cielo.

Se levantó, arrastró, palpándola con cariño, su pierna coja ya envejecida y la figura del anciano junto a la fogata se engrandeció de serenidad y empaque.

Otros se acercaban: José, Matías, Daniel, y los demás pastores.

Ya se anunciaba el regreso de los ganados; sonaban las esquilas; se oían las voces cada vez más cerca. Pronto se reunirían a contar, a recordar...

Pero él esta noche no diría ni media palabra.

Poesía. Revista II,
año 1951, (pp. 10-12)

LA VISITA

Hoy ha venido la viejecita parda,
con su sonrisa a cuestras, hormigueando la brisa.

Hoy ha venido, con su boca amarga
como la almendra equívoca del huerto.

- Que si los hijos, que si
la vida se nos marcha...

¡Y había tanta tarde sobre mis ojos, que era
casi imposible hablar de lo que muere!

- Siéntate aquí, le dije, deja tu ható en el suelo.

La tarde, compasiva, nos contempló a las dos,
y quise ser la tarde por verme junto a ella
y comparar de lejos mis trenzas con sus canas.

- Este ocaso a tu lado, esta caída,
del sol, mi pobrecita parada.
Este último solo que a las dos nos inunda...

- Pero nada decía de los pájaros –

Lleva comida al hijo entre sus cosas, lleva
cansancio para todos,
y un jornal amarillo de sudor, y un dinero
grande como una lágrima.

La imaginé cogiendo la basura del mundo
con sus manos azules y pequeñas,
y pensé que las mías eran débiles
pues no sabían de eso, ni de nada.

- Pero este sol, abuela, pero este sol amigo
lame tus dedos y los míos. Mira:
tu moneda se enciende sobre el cielo.

El dinero gastado de un pobre se hace estrella.

- Pero ella no escuchaba, ni hablaba de los pájaros –

- Que si el carbón, y el fuego,
que si la cena abandonada...

Y se marchó, pequeña, contra el último gesto
del sol. Iba ligera, con su pobre sonrisa.

Un pájaro estridente ensordeció mi pecho,
y lo inundó en tristeza

Poesía. Revista 15
Año 1952 (p. 5).

EL JUEZ

Tiene las manos blandas como nosotras. Besa.
Pero sus labios deben herir como las zarzas.
Le tienen miedo el grillo, el aprendiz, el pobre
hermano que le llevan con el alma doblada.

Juzgar la vida es mucho, debe ser imposible
cuando hay noches sin ruidos y un mundo que no acaba
de responder. Si un hombre lleva sangre en las manos
que las limpie el rocío y se las seque el alba.

Pero hay quién los condena. La muerte por sus labios
brota tan dulcemente que es sólo una palabra,
y no se seca el campo, ni se congela el agua
de los ríos.

- Señor, tú que estás en la vida
disolviendo la espuma y abriendo las granadas,
haz una muerte limpia para lo malo y sean
pájaros quienes lleven la dolorosa carga.

Pero los labios no, pero los hombres nunca.
La vida es demasiado para poder cortarla
como cortan las manos del campo las espigas,
las yerbas del camino, el tomillo o la grama.

Si han de morir aquellos de los pechos oscuros
que los condene el viento y los prendan las algas
o un milagro pequeño los lleve de la mano.
hasta la inevitable costumbre de la nada.

Poesía. Revista 17,
Año 1952 (p. 11)

EL RECLINATORIO

¿Quién colocó mentira sobre el suelo
par las descansadas bienvenidas?
¿Para qué fe sin luz ansias mullidas
arropan al dolor con el terciopelo?

Quien cabalgue amargura vaya a pelo
con las roncadas espuelas doloridas,
fluyéndole la sangre por las bridas
sobre las ancas de la bestia en celo.

De rodillas aquellos, los que ignoren
que pueden encontrarte en una rosa
o en la terrible soledad espesa.

Que es muy fácil Señor, que aquí te lloren
con una bienvenida presurosa
y la sangre rotundamente ilesa.

Poesía. Revista 18
Año 1953 (p. 11)

RUINA DE ROMA

No tengo más que dos ojos
para llorar la muerte múltiple,
los colectivos hundimientos
de los cristales y las rosas.

Tenderme aquí sobre la yerba
reciente, sirve para nada,
darme de golpes en el costado
con una piedra funeraria
es, por demás, innecesario, ...

Llorar, llorarte, arte, llorarte,
clamar por tus redondos brazos
donde Afrodita dejó su túnica
y Antinoo el beso suave.

Llorar, llorarte
y para siempre.

Llorar, llorarte.

Poesía, Revista 21,
Año 1953 (p. 4).

PORQUE LA SOLEDAD NO TIENE LABIOS

DESCUBRO aquí el engaño y se sonrojo:
de soledad ante el amante muero.
Quiero decir, Amor, sin poder: quiero,
fingirte, Amor, cogerte, y no te cojo.

Lanzo mi lazo tristemente. Arrojo
mi soledad al aire del alero
donde un pájaro puede compañero
llevar compás con otro pico rojo.

Te deseo a ti solo y seriamente
sin que te burles más sobre otra boca
donde muestras tu gracia insobornable.

Tú que lo puedes todo, al fin consiente.
Dáte ya de una vez, mírame. Tócame
con tu alado filo vulnerable.

QUÉ más quisiera yo, qué más quisiera
que ya me hubieses muerto a dentelladas
y destrozado, en balde, las selladas
puertas del corazón con tu tijera.

Qué más que haber perdido mi primera fe
por tu gran camino sin posadas
donde el olvido afila sus espadas
y el veneno se finge enredadera.

Qué más que ese tormento deseable
para morir llagada de tu herida
y así vivir en otro por entero.

No quiero recibir mensaje amable
si no es de ti la carta recibida
y llegas tú detrás del mensajero.

INTERMEDIARIO ser, anfibio alado,
Amor hecho de raptos y de ausencia,
a otros alimentaste con tu ciencia
desposeyéndome del esperado.

Bien sé como eres aunque disfrazado
tantas veces cruzastes mi dolencia
haciéndome creer que era experiencia
de ti, lo que no era tu recado.

Ahora, burlada, llega el importuno
labio de quien te sabe, a repetirme
tu nombre con informes y resabios.

Condenado al silencio y al ayuno
mi corazón se calla. No has de oírme
porque la soledad no tiene labios

Poesía. Revista 22,
Año 1953 (p. 11).

POEMAS DE OTOÑO

I

La calle huele a azahar mojado. Una fragancia tímida, como el aire que azota los jazmines me envuelve por entero. Lejos las cosas caen... y el pensamiento nace ¡Oh, pensamiento mío en estas horas tristes, en las que el alma toma la apariencia sencilla de un fruto desprendido, en las que la tristeza es tan grande que casi parece una alegría. ¡La de saberte lejos y la de renacer al sentirse vendido!

II

He abierto galerías profundas en mi alma y aun no llego a mi centro, ni llegaré a encontrarme. No se si darme toda o plegarme en mí misma con la serenidad de la perdida estrella., con esa lentitud de las flores dormidas que sueñan en si mismas porque de nadie esperan. Y sin embargo, algo me dice que tu existes. Que estás fuera de mi esperando mis manos, que sabes cada uno de mis lentos sueños y que de tus ensueños son mis sueños hermanos.

III

Entonces yo sonrío, me levanto y camino con los ojos llorosos de tanto abrirlos, para encontrar tu figura, que nunca se presenta.

Y sigo caminando. La tarde parda y fría, pone sobre mis hombros sus manos polvorientas.

*Poesía. Revista 36,
Año 1960 (pp. 3-4)*

**OBRA POÉTICA
(1951-2008)**

DÓNDE VOY YO, DIOS MÍO

¿Dónde voy yo, Dios mío,
con este peso tuyo entre los brazos?
¿Para qué has designado
mi pobre fuerza a tu cansancio inmenso?
Si quieres descansar, descansa en otros,
apoya tu palabra en otras bocas
que te dirán mejor. Yo quiero ir
a solas por el campo, sin motivos,
sin lazos y sin cosas. Vete ya,
no soy yo quien debiera sostenerte.
Tu peso duele mucho, y es muy grande
tu fatiga de Dios sobre mi cuerpo.
¿A dónde quieres ir sobre este vago
caminar de mis pies, que no se orientan?
Búscate un lecho blando
en el pecho del niño, o del poeta,
pero déjame a mí, muda y perdida,
sobre la tarde sola.
No huelles más mi hierba que humedece
un rocío continuo y desvelado.
Estoy empobrecida de lágrimas y gestos,
no tengo más calor que el de esta pena sorda,
y eres muy grande Tú para este frío,
y es muy pequeño el beso de mi boca.
¡Déjame ya, Señor! ¡Hay tanta espiga!
¡Hay tanta espiga enhiesta...!
No recorras
este arenal desierto de mi huida.
¡Déjame ya!... ¡Se está tan bien a solas!

Mara (1951)

LOS NIÑOS Y EL MAR

Todos iban corriendo. Tamboriles
ligeros, cada pie, sobre la arena.
Aire, espuma, azahar, sobre las sienes,
caricias de la mar, carnes morenas.
Todos iban corriendo menos uno
que quería abrazarse a la marea.
Todos iban corriendo por el aire
casi, de tanto contemplar las velas
y las altas gaviotas —blanquecinos
presagios de la playa—.
El mar se queja
en su ruidoso abandonarse tanto,
en su ansiedad de renovar sin treguas.
Todos iban corriendo, menos uno...
La tarde ya ha soltado su melena
de sales y de vientos débilmente,
con el último sol, pálida y ciega.
Yo lo vi con los brazos extendidos,
pretendiendo abrazarse a la marea
en un juego infantil y desbordante...
Locos y palpitantes,
los otros van corriendo por la arena.

Mara (1951)

EL FARO

Polifemo marino cuyo ojo radiante
escruta la marea y se vierte en la ola.
En mis horas de sueño, por mi mar agridulce
yo también siento el brillo de tu mirada quieta.
Por mi mar, mi ancho mar, donde ahora me sumo,
donde sola me ahogo, donde el cuerpo sumerjo
por no hallar soledades donde viven los hombres
allí te alzas, me miras, con tu cuenca expectante
de luz, único árbol del valle de las aguas.
Yo también necesito tu línea divisoria,
saber dónde la costa o el escollo me aguarda,
dónde mi paso por el líquido camino
del mar, se verá un día orientado y preciso.
Mientras tanto, ilumina, asceta en lo infinito,
este sueño aquietado entre lo azul en sombras.
Sigue así, levantado, posando tu mirada
en el girar continuo de mi alma y las olas.

Mara (1951)

DESDE MI HUERTO

Los pájaros se comen la flor de almendro igual
que el tiempo picotea sobre mi sangre joven.
Poco a poco, se nutre de esto que es tan mío,
de lo que en mi interior apenas tiene nombre.
Hoy mi voz es un canto encerrado en la enorme
sonoridad elástica y pura de mis huesos;
de mi boca encendida se escapan lentamente
las espumas calientes de mis ritmos internos.
Y todo fluye, se alza, se renueva, se agita
por esta viva fuerza que brota desde dentro.
El tiempo mordisquea mi carne mientras los
pájaros comen la dorada flor de almendro.

Mara (1951)

RONDADOR, POR EL AIRE

Donde te encuentro es en
el instante preciso
que no te reconozco.
Cuando las cosas tienen
tanta fuerza que casi
parecen ellas solas.
Pero apenas mi mano
roza la superficie,
tú asomas desde el fondo
de la materia, y vienes,
y brotas como el agua
de dentro de la tierra
cuando se la socava.
A hurtadillas te miro
saltando por las hojas,
mirlo imprevisto, ave
impuntual y ligera.
—Buenos días, nos das.
—Hasta luego. Y regresas.
Pareces la alegría
que tantas veces vuelve
inesperadamente.
—¿Nunca podremos, di,
pasar sin tu sorpresa?
¿Seguirás destapando
nuestros ojos y huyendo
y regresando apenas
se vuelvan a cerrar?
¡Oh, estrenador ligero
de párpados! Mi vida
se sorprende a tu paso
cuando en ella resbalas,
pero te reconoce
viajero y piensa que
tu brevedad es más
fija que la costumbre.

No intenta retenerte
y sabe que acostumbras
a venir si el olvido
prolonga demasiado
su oscura sombra en los
seres que tú visitas.
La tierra, aunque no sabe
el porqué de la lluvia,
se puebla agradecida.
Yo, que también ignoro
a qué vienes, me dejo
cruzar por el instante.
Después vuelvo a las cosas.
A mirar, a mirarte,
rondador por el aire.

Los buenos días (1954)

LAS COSAS ODIADAS

No es culpa mía. Hay un abismo abierto
aun antes de existir. En la memoria
de quien lo hizo esté el remordimiento.
Estoy desperdiciando con vosotras
una frecuente luz que bien pudiera
iluminar las manos generosas,
iluminar los trigos y las cepas,
encenderme en el llanto o la alegría.
¿Cómo es posible que no os lleve
junto a mi corazón como a otras tantas,
que involuntariamente en mí os destruya?
Más que dolor es miedo a contemplaros
desde mi pensamiento,
reconocer que es imposible
quereros acercar y, sobre todo,
saber que incluso el odio
es una forma de sentir la vida,
que estáis también alimentándome,
que vuestra muerte es una forma
de crecerme en mí misma,
que involuntariamente el corazón
os siente: ¡que sois mías!

Los buenos días (1954)

EL REBELDE

¡A mí la nieve me quema
siendo la nieve tan fría!
¿Que dentro? —Salgo a la calle.
¿Que fuera? —No. ¿Que de día?
—Yo salgo de noche. ¿Que
de noche? Y mi alma se empina
para darse contra el sol
rotundo del mediodía.
No, si me tienden las manos
las quitaré de las mías.
Si ponen entre barandas
mi regresada alegría
romperé los barandales
y los lazos en seguida.
Ni tú ni el otro. Ni tuya
ni de nosotros. Mi vida
un no contra todo y siempre
no, así no, como una fría
espada de pesadumbre
contra márgenes y guías.
¿Que los demás?
Los demás
podrán, pero yo no. Mira:
es preferible quedarse
seco como la ceniza.
No, a mí no. Descalzo y limpio
mi corazón no se agría,
pájaro neutral de marzo
vivo como el todavía.
Mi pie, mi mano. La mía...
¡A mí la nieve me quema
siendo la nieve tan fría!

Los buenos días (1954)

HUÉSPED DE MI VIDA

Firma el Rey lo que yo digo
por que lo digo la verdad,
que español y caballero
bajo un mismo nombre van.
Alegre y enamorado
soy en los tiempos de paz,
que las hermosas y el vino
son un sabroso yantar;
pero si otra vez no reta
ese perro musulmán
y quiere con sus galeras
hundir a la cristiandad.
¡Juro que como en Lepanto
con el glorioso D Juan
arriesgaría la vida,
que es harto poco arriesgar!
Así un español decía
hace tres siglos o más.....
Pensaba yo que ahora mismo
lo acababa de escuchar.
Que ayer, y hoy, como mañana,
el Rey lo puede firmar,
español y temerario
fueron una cosa igual.

Los buenos días (1954)

SABES MI CORAZÓN COMO UN CAMINO

La rubia espiga triturada
así nos da la harina en flor
todo se vuelve blanco y puro
bajo la gracia del dolor.

Del árbol bello y arrogante
las ramas poda el leñador,
para que dé más dulce fruto
bajo la gracia del dolor.

El vil pedrusco calcinado
sufre el martirio del calor
y muestra el oro refulgente
bajo la gracia del dolor.

La tierra es duro en el invierno,
se cubre en mayo de verdor:
Naturaleza se embellece
bajo la gracia del dolor.

En las entrañas de la madre
un nuevo germen puso amor
y surgirá la vida nueva
bajo la gracia del dolor.

Alma que buscas con anhelo
para tu noble y alto vuelo
todas las cumbres de esplendor,
nunca serás grande y sublime
si antes no sientes que te oprime
la dura mano del dolor.

Ablativo amor (1956)

DEL ABREVIADO MAR (I)

A las arenas
del abreviado mar lleguéme un día.

L. DE GÓNGORA

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.

Mar abreviado, mar mío,
interno, dulce y amargo,
donde la nave del sueño
tuerce la espuma del cántico.

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.

Hay en cada corazón
un pequeño y dulce mar.

El que navega en sus sueños
lleva su propio compás.

No hay brisa más limpia y nunca
sabe tan buena la sal
como en esta travesía
de la propia soledad.

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.

A vela, casi volando,
las jarcias frente a los vientos,
mi corazón en la punta
del mástil de mi silencio.

Como peces asustados
se asoman mis pensamientos...

¡Ya están echadas las redes
y mis manos en acecho!

—A ver quién me va a impedir
pescar mis propios secretos—.

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.
Gotea un agua de verso.

Del abreviado mar (1957)

CONSEJO

Aprende a estar tan sola que hasta tu sombra misma
apetezca librarse. Sé tú la compañera
de tus pasos, de modo que llegues a las cosas
siempre como el que llega de una tierra extranjera.
Aprende que el dolor solo es de ti, la risa
solo tuya, testigos los dos de tu manera.
Para que la luz fluya clara de tu sonrisa,
desaloja el fingido sol que el mundo te presta.
Quédate con la nada que brote de tus manos,
quédate con lo poco o lo mucho que seas
en la noche tranquila de tus mejores gestos,
en la sombra amorosa que ahora se te revela.
¡Los otros!... Si los otros pudieran comprenderte,
si alguien pudiera hablarte por dentro y no por fuera,
si esos que ahora te llaman no estuviesen atentos
al sonido estruendoso de las falsas trompetas...
Llámate tú. Sé música de tu propio instrumento,
color de tu pintura, cincel en la madera
de tus sueños. Dibuja lo que quieras decirte,
escríbete tu historia, escúlpete en tu piedra.
Aprende a estar a solas. Bebe el agua en tu mano,
nadie te la ha de dar tan limpia ni tan fresca.
Lo que tomes del mundo con la ayuda de otros
no podrás admirarlo de noche en las estrellas.

Del abreviado mar (1957)

ELEGÍA

Había una muchacha que aprendía canciones,
un pedazo de cal insobornable y fresca,
un destino de amor apresurado y libre
como el alucinante paso de las gacelas.
La maravilla tuvo su aposento en el trino;
pájaros se agrupaban absortos en su trenza.
A golpe de amor iba convirtiendo en azúcar
lo que su pie gozoso tocaba en las aceras.
Tenía una costumbre cantora por los dedos,
convertía en silencio el dolor de la espera,
sabía del compás azul de las gaviotas
y del itinerario rubio de las abejas.
—En el rincón de los sucesos madurados
hay un sitio sin nombre para la que no llega—.
Hay que cantarla. Hubo una muchacha alegre,
conocedora de delfines y mareas,
ebria como la espiga frente al golpe del viento,
blanda como la triste dulzura de las fieras.
Me dejó el aposento desalquilado. En otros
paisajes irá loca girando en las veletas,
detrás del armonioso polen, sobre las dalias,
voladora en los giros de luz de las luciérnagas.
Aquella, la muchacha, el ángel venturado,
se llamaba esperanza y era la adolescencia.
Tras su cristal, el mundo casi no era este mundo,
incorporado a una limpia zona de estrellas.
Aquello era ser solo muchacha. Era ser libre,
hecha de carne huidiza como la primavera.

Del abreviado mar (1957)

DEL ABREVIADO MAR (II)

Andando, andando,
que quiero sentir cada grano
de la arena que voy pisando...

J. RAMÓN JIMÉNEZ

Cada grano que piso
es mi propia alegría.
Cada sueño que cruzo
me abre una nueva puerta.

Mi corazón, rondando,
se confunde en el mundo
y vuelve a mí dichoso
en gloria y oleaje.

Mi vocación se mece
como una enredadera
o un manojo de algas
frescas sobre la espuma.

Cantar a cada cosa,
cantar cada momento,
apretar la palabra
como pisa la uva
el hombre en los lagares
y llenar con el zumo
derramado los bordes,
las cosas y los nombres
que entregue la canción.

Al abreviado y solo
mar de mi pensamiento
he llegado esta noche
decidida de luna...

¡No tener más que esto
y entregarlo del todo!
¡No tener nada nunca
y estrechar en el aire
las manos limpias sobre

la piel de la esperanza!
¡No ser nadie y tener
la nada repartida!
¡No esperar, y morir
en espera del Todo!

Del abreviado mar (1957)

LA CASA

La casa es como un pájaro
prisionero en sí mismo,
que no medirá nunca
la longitud del trino.
Encarcelada ella
que no yo, pues la habito
conociéndola, y pongo
mi cuidado y mi tino
en algo que no sabe
ni sabrá de mi cuidado.
¿No me siente por dentro
removerme, lo mismo
que se siente en la entraña
la presencia del hijo?
Me ignoran sus cristales,
no nos sienten los vidrios
tras los cuales luchamos
contra el mar y sus ruidos.
No sabe que en sus muros
crece el amor, que hay sitio
para soñar, que hay mundos
y faros escondidos.
Ignora de qué modo
la nombro y la bendigo.
Le digo muchas cosas:
la pongo por testigo
de todos mis secretos.
De lejos, si la miro,
me parece que tiene
la tristeza de un niño
abandonado. Subo
sus peldaños, le digo
mi nombre, porque note
que he regresado. Giro
por su caliente espuma,
me afano por su brillo,

la quiero clara, alegre
la enciendo con mis gritos,
con el sol, con el aire
del salado vecino.
Casa nuestra, mi casa...
¡Cómo crecen sus filos!
¡Cómo crece la sombra
de Dios aquí escondido!
¡Qué inevitable y fácil
la soledad, contigo!

La soledad, contigo (1960)

LA ALACENA

Cada mañana abro la puerta
de la alacena, y se derrama
la gran marea contenida
de sus efímeras fragancias.
Del rojo labio de las orzas
como del borde de una playa
hasta mí llega el oleaje
que el especiero me adelanta.
Como en convento de clausura,
todos esperan, todos callan,
y el ruiñeñor contemplativo
del tiempo trina y les delata.
Pongo mi mano en coberturas,
por mansedumbres alineadas;
palpo cebollas abadesas
que en tocas múltiples se inflaman,
ajos bufones y gibosos,
dulces almendras escudadas.
El azafrán —escandaloso
rubor ardiente de las aguas—,
acuarela que en los guisados
se empalidece y desbarata,
hilado ahora se suspende
como una vena solitaria
junto al fragante corazón
del laurel y de la albahaca.
Miro al altivo perejil,
la violenta remolacha,
la zanahoria rubia y verde
y la irascible nuez moscada.
Encapuchados, los pimientos,
frailucos tristes sin compañía,
buscan retiro entre las sombras
que los rincones les deparan.
La yerbabuena mece el tallo
soñadora y atormentada

y en la inocente especiería
la sal irrumpe adelantada,
nieve tenaz y entrometida
que en todas partes se derrama.
En un rincón, mecen su vientre,
gremiales, pobres, las patatas,
humildes, mansas y absolutas
en la pobreza de sus sayas.
Mundo, alacena, noviciado
del sabor. Vientre, nido, nada
y todo del mundo, del olor
con el que huelen las mañanas,
con que saben todas las cosas
escondidas y enamoradas.
Olor, servicio del olor,
oh, pequeña canción diaria
que contagia mis manos y hace
la tarea llena de gracia.
Especias, ramos, condimentos,
ingredientes de la esperanza.
He repetido vuestro nombre,
mi corazón también os canta.
¡Ay, si pudierais perfumarnos
las raíces de las palabras!

La soledad, contigo (1960)

HAY ALGO QUE NOS PASA INADVERTIDO

Hay algo que nos pasa inadvertido,
algo que nos transita y que no vemos.
Borges lo llama “Aleph”, y los sencillos
lo llamamos misterio.
Hay algo prodigioso, cuando el sabio
entrega el universo convertido
en silla de montar. Los experimentales
en sus laboratorios blanquecinos,
el místico en su celda, el negro en paroxismo
y la mujer de parto, y el viejo de los cuentos
de los fantasmas provincianos,
y todo aquel que despertó una noche
creyendo en lo que había dudado mucho tiempo
sabe que existe un lado intransitable
de donde surge el estremecimiento.
El asombro fue siempre patrimonio del hombre.
Comenzó en una chispa su gran descubrimiento.
Después, el mar inmóvil y monstruoso.
Junto a su pavorosa mancha negra
asustados y tímidos, los hombres
echaban a volar las conjeturas
como petreles, a los vientos.
Y —ya sabéis—, fueron doblando espumas
y deshojando mitos marineros:
el sueño de la isla sumergida
que algunos describieron,
la utópica cosecha redoblada,
las serpientes, los monstruos, el coral
de los sargazos sanguinolentos.
Todo fue para el hombre. Sí, del hombre
que hace la historia con sus huesos
móviles y sonoros, paso a paso
por los caminos descubiertos.
Ayer, el mar. Hoy quedan las galaxias,
la patria azul del firmamento.
A lomos de los mismos corceles de esperanza,

va el hombre hacia el secreto.
Pero alguien canta mientras tanto
desolado y profético.
Como desde el principio, desde el ave
primera que rompió el primer silencio.
No esperan su equipaje en los navíos,
nadie cuenta con él para el proyecto.
Sus naves interiores atraviesan
un inútil camino sin regreso.
Alguien queda en la tierra, olfateando
los astros y los vientos.
Solo adivina. Vive
por cada vivo y muere en cada muerto.
Está cerca de Dios más que ninguno.
Con más miedo que nadie,
con más miedo...

Violencia inmóvil (1967)

SOLO ME QUEDA EL CORAZÓN

Solo me queda el corazón. Palabras
ya no me bastan. Sobra el pensamiento.
Solo me queda el corazón, más grande,
cada vez más amargo y más sediento.
Hablo con él, le digo: ten cuidado,
te has lastimado muchas veces. Pero
yo bien sé que me puede y que se crece
con cada asombro y cada desaliento.
He nacido con él y no hago nada
por emerger en otro clima. Pendo
como la luna más desamparada
en un vaivén de luces y de vientos.
Voy buscando señales en los ojos,
en las calles aparco mi desvelo,
me arrimo por las sombras de otras voces
y cuelgo mi pregunta en los aleros.
Cuando llega una tarde como estas,
una tarde sin prisa ni deseos,
una tarde de pena, una de tantas
tardes oscuras del aburrimiento,
puedo oírlo mejor. Late despacio,
tremendamente solitario. Puedo
sentir el corazón en cada vena,
está casi en la punta de los dedos.
Casi puede romperse de tan frágil,
de tan crecido casi escapa. Quepo
mejor yo en él que en mí cabe el latido...
¡Le viene grande el corazón al cuerpo!

Violencia inmóvil (1967)

PRESENTE

He llegado a mirar la historia con ojos amables.
Comprendí no a los que habían sido peores o mejores
sino a los que existieron realmente.
Por fin hallé interés
en sus rostros cohibidos por unánime susto
sobre los mármoles.
Todos ellos —tal vez merecedores
de la inmortal nomenclatura—
acechados por la red de lo eterno
fueron insectos capturados o algo muy parecido
a lucir luego bajo la impecable
prisión de las vitrinas.
Así fue como nunca pude llegar a amarlos
porque estaban cubiertos de erudición y rito
y eran —tal Gundemaro, o Sófocles, o César—
obligación de aulas, olor espeso de pupitre,
tinta de letanía, venganza de aburridos.
Hoy he sabido ver la historia de otro modo
porque al fin he sabido que no existen historias
sino un instante único en el que somos todos
creados, aunque no lo entendáis, al mismo tiempo.
Codo a codo, los que concluyen inauguran,
inician otro amor, según lo hayan sentido,
así que no lloréis porque nada hay debajo,
nada queda enterrado sino vivo
en un presente rojo, de roja llamarada
donde caben, incluso, esas constelaciones
perdidas, y los monstruos del plioceno
mano a mano con el último
yeyé y el último rey jíbaro.
Por eso, como todos los que están
—aunque estén por venir— somos al mismo tiempo,
he sentido un profundo y provinciano amor
por mi vecino Sigerico
y gran ternura por los lacedemonios
que viven en el piso de al lado.

Sí, hemos de amar a todos, porque están con nosotros,
aprender a hablar de ellos como de seres vivos.
Él los está mirando al mismo tiempo
que nos mira a nosotros. Pero nos mira concluidos,
incorporados, recién llegados, juntos
en el todo que hoy desmenuzamos
—siglos, edades, eras, años, ciclo, estaciones—:
en el presente parpadeo
de sus enormes ojos lúcidos y creadores,
abarcadores, fijos, donde nada se pierde,
ya os lo digo, ni el último que llegue de los últimos.

Violencia inmóvil (1967)

VIOLENCIA INMÓVIL

Tú sabes la verdad del mundo, Loco mío,
y cómo has de entregarla lejano y maniatado,
en Cruz, como las aspas de un molino empinado
en solitaria calma y aparente desvío.

De lejos parecías un aquietado río
incapaz de abarcarnos con tus brazos atados,
pero de cerca fuiste un viento desatado,
blandiendo las espigas e incendiando el estío.

De lejos parecías quieto, sin movimiento,
que eras como ese mar pacífico de al lado
y me acerqué esquivándome de su salpicadura...

Y entonces, me abarcaste, me cegaste violento...

Gracias, Señor, ¡te doy por haberme golpeado!

¡Gracias, por derribarme de la cabalgadura!

Violencia inmóvil (1967)

LA TORRE

Tenía la tierra una misma
lengua y las mismas palabras.
GÉNESIS 11, 1

Alcanzó cierta altura la torre elaborada
con betún y argamasa inocente y con llanto.
Subían como yedra, tercos, como termites,
trepaban sin engarce, con prisas ascendían,
subían sin aliento, a codazos, con prisas
subían, ascendían, cada vez más lejanos.
La tierra contemplaba absorta la partida.
Y por aquel barullo, por aquel amasijo
de rótulas y sexos atravesó la espada
del silencio tajante, del silencio absoluto.
Nadie supo del otro. Labios desesperados
sin emitir sonidos, buscaron otras bocas,
ciervos desesperados buscaron otras fuentes,
madres desesperadas buscaron otros hijos.
Las aves por la noche gritaron asustadas.
La torre cayó al suelo, volvió al seno la arcilla
y en el silencio la tierra lloró por la palabra...

La torre de Babel (1982)

EL INSOMNE

Apartamento 26-2

Es la última que queda. Es el último
amigo. Ya no quedan en el frasco.
Ya no sabré qué hacer cuando falte.
Ya no sabré qué hacer con el silencio,
con este animal bífido aguardando,
este camaleón, este hormiguero
y esta sierpe que mira de soslayo.
Ya no sabré qué hacer con las cuartillas
ni, cuando ellas me falten, con mis pasos.
Ya no puedo saber si son objetos
todo lo que perdí en la vida. Abro
de nuevo el libro. Cierro. Pienso luego
en aquella canción, mi madre al lado
—con voz suave—: “Una vez, cinco lobitos...”
¡Cinco lobos! Doscientos. Una mano,
por favor, que me enjuague ya la frente!
Contaré lobos, dientes: dos, tres, cuatro...
Cien mil lobos reunidos. No hay ovejas.
Anduve por aceras, por meandros,
ríos sin cauce, calles, avenidas
sin desembocadura, arriba, abajo.
Anduve, anduve, anduve, anduve, anduve...
Anduve altivo y triste y ciego y pálido.
Mañana echaré a andar de nuevo, el sueño
no vendrá, como ellos, tras mis pasos.
El insomnio será mi compañía...
(Ya no quedan amigos en el frasco).

La torre de Babel (1982)

LA SALVACIÓN POR LA ESPERANZA

No, que no fue dolor tan solo, la belleza
también que sonreía, el aire del sahumerio
detrás de aquella puerta cerrada para el hombre,
esperaban abrirse como una primavera.
No, que no fue en la muerte. Comenzó en un ovario
el gran esperma espíritu, el de la gran victoria
de la unión. En sus órganos la madre
asume y participa de la rosa salvífica.
En la mujer, en todas las mujeres se halla
parte de la respuesta porque de ellas emana
el lunar resplandor, tibieza intemporera
que incide hasta en las zonas abisales,
cotos de la negrura sumergida.
El saloma y la dicha y la esperanza
fueron antes que el mar y el terremoto,
antes que toda rosa y aguacero.
Antes que el parto de la luz estaba
ya preparada, a punto, la belleza innombrable,
las maternales combas, los hombros inclinados,
toda gracia fluida, belleza en lo absoluto,
gracia en escorzo, líneas apuntadas al viento.
Primero la Palabra, y en la Palabra estaba
ya una mujer que había emparentado
con la raíz de todas las estrellas...
—¡Almahad florido, almendro rubicano!—
Y así sobre la tierra se eligió la placenta
de una mujer absorta. Por propia iniciativa
Él eligió el aroma para darnos el rayo.
Antes de hacerse hombre ya tenía la rama,
toda esbelta y perpleja, con el susto en los ojos,
el asombro perenne de las madres dolidas,
de la mujer. De todas las mujeres del mundo
que paren y que esperan contra toda esperanza.

La torre de Babel (1982)

MORIRÉ CON LAS BOTAS PUESTAS

Moriré con mis botas y mis gotas
salobres, mis cansancios, mis recuerdos.
Moriré con las botas apretadas
tal como ahora las llevo.
Moriré con mis ojos, con mis hijos,
de acuerdo y en completo desacuerdo.
Moriré con tu amor como un ovillo
apretado muy fuerte entre los dedos.
Moriré con amigos y enemigos,
con el tacón rotundo y bien dispuesto,
siempre pisando el firme de la acera,
incordio del de fuera y del de dentro.
Moriré con mis botas ajustadas
para luchar en todos los inviernos,
para pisar el barro y no sentirlo,
para sentirme joven y no serlo.
*Moriré con mis botas de nostalgia
atravesando el mar del pensamiento...
Pero no quiero hablar de muerte ahora,
aunque sea noviembre y haga sueño.
Quiero hablar de mis botas, de mis votos,
de mis bodas, mi voz, mi sed, mi viento...
¿A quién sirve, por qué se continúa
el “todoporlanada”, el “conlosnuestros”?*
*Yo seguiré —en amor nadie me gana—
bebiendo y rebebiéndome el aliento.
Así la una y la otra, bien calzada,
a pisar por la tierra, por el suelo...
¡Con mis botas calientes y apretadas
soy el hazmerreír de los luceros!*

La torre de Babel (1982)

YO, ALFONSO

Yo, Alfonso,
Rey castellano,
hijo de Fernando,
nieta de Berenguela,
Señor de Andalucía,
quiero ser enterrado junto al mar.
Ser enterrado en Cádiz,
la ciudad más antigua
a la que he repoblado
de cántabros y astures,
la que me ha conquistado
con el olor de su sabiduría.
En Cádiz junto al mar,
bajo los azulejos de la cúpula,
en la orilla que llaman
mar de los vendavales,
para que allí la mano que sacude
el hisopo infinito
asperge diariamente
mi ceniza y reciba
la bendición salina
en cada atardecer.
Allí purgue mis culpas
pues fui rey ignorante
en estrategia y mando.
Aspiré sin sentido
a aquel reino europeo,
perseguí a los judíos,
juzgué a los musulmanes,
aunque bebí en sus fuentes,
me enfrenté con mi casta,
aborrecí la prole,
repudié a mi consorte
y llamé santo al padre
que me hizo, buscando
su reconciliación.

Mas la gloria que hube por encima
de todas, fue ese lado
de naranjos y olivos,
de caza y pesquería:
Rayhana, Alcanatif,
Xerez amurallado
—tierra de pan y vino
y de fruta sabrosa—
y Cádiz junto al mar.
Vivo en cristiano pero asumo el mundo
que conquisté arrasando y excluyendo.
Lo mío eran asuntos que aprendiera
de labios de mi abuela y de los sabios...
¿Por qué luché si el alma se me iba
tras los astros, las piedras, las alquimias,
los juegos, los secretos paladeos?
Enderecé el lenguaje castellano
con más tino que a todos los ejércitos
levantara mi espada o estandarte,
mi arenga predilecta
fue enumerar estrellas, lapidarios.
Más que aceros, los códices miniados,
el verso, por la brida,
la cántiga al final de la victoria.
Mi patria era el regazo de la alquimia,
el lenguaje y el cántico,
mi tálamo, la ciencia.
Mi amor, el astrolabio,
mi amada inaprehensible, la atroz sabiduría
de las leyes y el pueblo,
el canto de juglares,
el milagro del ritmo y la palabra.
A Cádiz dono la custodia
y desato de nudos eclesiales
con Sevilla, mi corte.
En Cádiz quiero que me entierren
junto al mar, por los siglos de los siglos.

Textos lapidarios (1990)

DE LA PIEDRA QUE A NOMBRE BEZAHAR

“Que a uertud de la luna aguzar se la memoria et entendra bien las cosas que oyere et non se le olvidaran”.
LAPIDARIO ALFONSI

Le daba por comer cantos de río,
marmolillos y alfarjes,
masticaba guijarros lo mismo que limones.
Qué deseo de cálculos y gravas,
de cortezas de arcilla y costras pedernales.
Ay, la niña litófaga iba por las cunetas
en busca de manjares diminutos,
tintineantes, sólidos.
La niña —qué rareza— regurgitaba mármoles,
pastaba taraceas
y el granito en su boca era una golosina.
En lo hondo del valle, mascaba los brocales
del pozo que llamaban del hebreo.
¡Como dornachos o mazorcas
los círculos de piedra para ella!
Las bestias abrevaban
indiferentes al ansioso
trajín de los caninos
aún lácteos, incisivos, tercos, blancos.
Quizá fue la menor, la piedrecilla
que atoró su laringe,
y obstruyó el aire —así
los cometas varían el curso de los astros—.
¡Cómo aquella nonada
pudo poner azul triste los alvéolos
del pulmón, los rosados y húmedos locales
del aire transitorio y aromado!
Dicen los que asistieron,
que la mano que extrajo al fin, y tarde,
aquel mínimo gránulo, provocó en la garganta
de la criatura —como se derrama
la sangre desde el fondo de una herida
al descubrir la venda,

o como de la copa de los árboles
el agua sacudida tras la lluvia—,
un borbotón de lítico clamor, la arrastradura
de contactos y voces, y entre aquello,
entrechocada y libre una canción oscura como un pozo.
Eran palabras, dicen, en extraños idiomas:
sefardí o arameo, alguna lengua de esas
que apenas nadie habla hoy por el mundo.

Textos lapidarios (1990)

MADRE MONTE CORONA

Las duelas de madera perfumada
con que mi abuelo componía
los redondos toneles de esa alquimia purísima
del vino jerezano
(las axilas de un dios en cautiverio,
las glándulas del tiempo detenido
en naves silenciosas y sombrías)
estaban hechas con tus árboles,
madre, Monte Corona.
Así que te he olido desde siempre,
no solo en aquel día empapada entre helechos y castaños,
no solo aquella tarde de ermita y clorofila,
los plátanos jaguares,
la manzanilla, el jaramago,
la masticable luz, qué dorada la lluvia,
qué rotundo el sonido de un madroño
al caer junto al río,
qué embriaguez de esmeraldas y tomillos,
qué succión de verdores y frescuras.
Como se huele por primera vez
en la infancia el aroma del mundo
y la vida se impregna para siempre,
yo te olí en las virutas, en el aserradero
de mi ciudad nativa. La calle Pajarete.
Los toneles. El vino.

Textos lapidarios (1990)

LA SED JUNTO AL ALJIBE

Por el camino de mi sed Te llego,
no hay otra ruta en la que Te desveles
y aunque a mi alrededor no corra, huelo
tu agua profunda que mi sed aviva.
Huelo el líquido seno universal
con que me amamantaste de dulzuras.
Allí, aprehendida, alimenté en su tiempo
con calostros suavísimos la infancia.
Y eso nunca se olvida. Se mantiene
secreto, oculto, el gozo irrefutable,
los calambrazos súbitos pusieron
la señal en los labios y la frente.
Ya nos sabemos libres del destierro,
de los vacíos odres del entorno,
y aunque el aljibe al que me asomo tenga
tan solo musgo y Piedra, tu agua corre.
Mi sed, única senda que conozco.
Cuando no quede nada, será ella
la que me encienda viva, mi almenara,
me haga gritar y alzarme en la andadura.
Detecto cerca el manantial, los roces
de tu humedad percibo, no en lo alto,
ni en las profundidades del silencio,
ni en las zonas desérticas del mundo.
En mí, Señor, en Ti, en la placenta
donde me enrosco y sorbo la substancia.
Si ahora padezco sed, mi boca es mía,
mas yo duermo en el lecho de tu boca.
La sed. Mi sed. Mi senda.
Nadie puede librarte de mi sed.
Yo Te conozco a través de ella.
Aunque todas las aguas de este mundo,
las fuentes y los ríos y los mares
se extinguiesen de pronto, y no hubiera
sol que extrajese los vapores, nimbos
y cirros peatones por el cielo,

humores y regatos, manantiales
y savia, aunque fuese todo Piedra,
rotos aljibes, ruinas descuidadas,
mi sed, mi lazarillo,
me llevaría a Ti donde estuvieses.
Donde estás, donde estamos,
yo nadando en tu asombro,
llena de sed, flotante en tus mareas.

Textos lapidarios (1990)

GÉNESIS

“La transparencia, Dios,
la transparencia...”

J. R. JIMÉNEZ

Anterior al inicio, es decir, desde siempre,
fue tu aleteo.
Aleteabas, girabas en graciosas posturas,
anterior al principio.
Intemporal, sin fecha,
desde siempre volabas.
Más que volar llevabas en tus alas el aire que orea el universo.
Cuando ya estuvo Todo y el Todo estaba en todo,
tú estabas y cabías,
y del Todo surgiste engendrada en la azul transparencia total.
¡Eterna y transparente revoloteabas, ibas
cantadora y exacta!
Y aunque no le faltara ni un acento a la música
que añadir, fue tu trino
quien sonó gratamente y aportó a la Armonía
de la Creación el verso.

Philomena (1994)

MAITINES

Un solo pájaro despierta el universo.
Un solo trino desenvuelve la enroscada madeja
y en la nave interior, en posturas fetales,
caracolean salmos primerizos,
gira la noria tempranera
y del profundo pozo hasta el brocal del labio
el agua de los salmos adviene como un chorro.
Por Ti madrugua el aire,
la semilla se yergue desde el terrón materno;
pugnan por asomar los tréboles,
las ramas desperezan su postura nocturna,
siente hambre la fiera,
miedo o felicidad el hombre que ha soñado,
madrugan y anticipan su sed los deseosos
pendientes de que Tú descorras las cortinas
y nos des la ración de pan, de alpiste y de agua.
Monasterio de la Oliva
Carcastillo

Philomena (1994)

IDIOMA

Silabeas el alba igual que una palabra.
SALMO

Silabeas el alba, pronuncias su lectura,
de Tu Garganta brota el pájaro fonema,
las onomatopeyas del viento, el poema
que rubrica el aliento de cada criatura.
Una sola emisión de Voz y en las alburas
la deletreada nube lleva tu signo y lema,
el arco-sinalefa del irisado emblema,
enlaza la metáfora del mar con Tu Estatura.
Lengua viva, creador de inmensos silabarios,
Bóveda Palatal de los vocabularios
que al pronunciar posees, ¡recítame con brío!
¡Nómbreme ya con fuerza, carga pronunciadora,
del mismo modo que, de día, a cada hora,
yo pronuncio La Sílabas: Dios, Dios, Dios, Dios, Dios mío!

Philomena (1994)

PHILOMENA, TU CÁNTICO

El eco lejano de Dios
llamándose a Sí Mismo.
K. RAHNNER

Philomena, tu cántico
es un acorde más entre todos aquellos
que forman el concierto: oye la sinfonía.
Tu engreída garganta, inapreciable cítara,
levísima vihuela entre tanto instrumento,
toca a Su Son, mas tú no eres
quien pulsas ni conduces
pues todo lo que aporta tu gorjeo
es un breve añadido que apenas se percibe.
Tu canto es una nota; una nota entre tantas
de los innumerables pentagramas,
dentro de la infinita belleza de Su Música.
Advierto el gran esfuerzo, el palpito ardoroso
de tu cuello por donde se te escapa
el corazón a sacudidas,
sus contracciones rápidas como si fueses tú
—y no Quien está dentro de tu trino—
la que llevara pauta de su propio sonido
o como si —qué cándida— por ti tuviera fuerza
mayor la sinfonía.
Philomena, sosiégate. La armonía es eterna,
estuvo hecha sin ti, estamos repitiendo,
alma mía, Su Eco,
porque el Original quiere escucharse
a través de Sí Mismo, de las constelaciones,
del ruido de los mares, del silencio y de todo
sonido de los ámbitos creados.
Toca Su Son porque no es tuyo
y no eres responsable de la belleza
sino de si has cantado con amor.

Philomena (1994)

MAIMÓNIDES BAJO LA LLUVIA

Lacustre, verdinegro, indiferente
al tránsito, Maimónides se eleva
en el “bimah” de la plazuela.
Maimónides observa nuestras manos
desteñidas por lluvia y yerbabuena.
Alguien le puso una colilla al labio
y profanó los bronces de su gesto.
(Pero sus dedos verdilargos
siguieron aquietados sabiamente.)
Cerca de allí la hermosa sinagoga
en el número veinte de Judíos:
el menorah, la palma, un patio abierto,
aljama de mudéjares ornatos,
los atauriques estrellados,
el salmo inscrito y el olor a su fuente.
Rabí Moisés, Ben Maimón Rambán,
de la Córdoba altiva, de la Córdoba
de Avempace discípulo
y sabio amigo mío.
Tu encuentro en la plazuela ha sido un reto,
un saludo, un “salam”, y un mandamiento:
no perder la paciencia y la postura.
Barrio Judío de Córdoba

Philomena (1994)

LA NOCHE ABOLIDA

Tu mano acerca el fuego a la sombría tierra
y el rostro de las cosas se alegra en tu presencia.

SALMO

Eres calor, calor. Tibio regazo.
Pecho de ave. Edredón de pluma.
Por tu calor, no por tus resplandores,
por tu calor de lar, no por tu fuego,
por el calor al pan de tu tahona,
por tu calor, solo calor, calor.
En mi calor, en mi calor te llevo
como la tierra lleva la amalgama,
la incandescente entraña, tú eres eso:
calor, calor, calor, calor, calor.
Ni a la muerte podemos ya temer,
cercano de tu hoguera está mi rostro,
del ígneo condimento está mi boca,
tu pan está caliente en la cocina
a la temperatura de la noche.
Huyen como de bosques incendiados
los fantasmas nocturnos, la alimaña
sale de su cobijo, ni a la muerte
podemos ya temer y está vacío
el hoyo, inútil miedo en que caímos.
Nada es la noche, no hubo nunca noche,
tú aboliste la sombra y el sepulcro,
tu hoguera no exigía sacrificios
ni te saciaste de vestal o víscera,
ni exigiste cuidados ni pabilos,
pues eras tú, perenne redivivo,
temperatura universal, el día,
alba caliente, luz a todas horas,
a todo tiempo, a toda vida
diste y das, calor, solo calor.

Philomena (1994)

REDIVIVA

Estás, alondra, estás, pequeña mía.
Te siento rebullir, saltar, me tienes,
nos tenemos de nuevo redivivas.
Estás en ese mar, ola marítima,
y en la brisa que cruzas, mi navío,
y en el paso que pisas caminante
y en el golpe que llama del cartero,
y en el oficio noble y oferente
—trinas tan seria como si contaras
lo mío—. ¡Oh, tú mi yo, mi pertenencia,
oh, tú mi compañera!
¡Cantar, cantar, cantar es lo que importa!

Philomena (1994)

Y, SIN EMBARGO, CANTA

Qué envidiable inconsciencia:
borboteo del agua,
chisporrotear de leño,
subrepticia carcoma,
canto de grillo insomne,
élitros contumaces.
Qué celosa contemplo,
oigo piar los pájaros,
crepitar la madera,
pasar nubes solemnes.
Todo tan libre, atado,
sin embargo, a los modos
con que otros prepararon
la norma sin esfuerzo
para llegar a ser,
un instante, ellos mismos.
Conforman los tejidos
de la ley, sin saberla.
El hombre, sin embargo
—conciencia plena, ingrata—,
sabe que cruza solo
su camino y que cada
movimiento genera
repercusión y ecos.
Para el hombre que sabe
que el final le contiene,
que el fin le corresponde,
le disminuye y grava,
que es transeúnte de un puente
terminal y son trámites
la ciudad o la selva
y su cielo y sus horas
pasan inaprehensibles,
debiera, por lo inútil,
ser imposible el cántico.
Sin embargo, detiene

su pie, desamordaza
la boca, aspira el aire
y canta. A veces, canta.

Sophía (2003)

TAL DÍA COMO HOY

Oh, fret not after knowlegde!

I have none.

J. KEATS

Oh, no cantamos lo que sabemos
sino lo que sentimos.
Ya no sé nada y siento
y canto que no sé, que no sé nada.
¿Cuál es el repertorio que hoy me toca
seguir?
Los instrumentos,
ya preparados por el alba, esperan
pero en este momento no tengo partitura.
Ni parte en el concierto.
Van sonando los pájaros uno a uno y no sé
qué dicen. No sé nada.
Pero el fluir invade mi gratitud, me alienta,
goce del gozo mismo y sin motivo,
como el niño que busca dormido el pecho y bebe
después y se embriaga
del líquido puntual que le viene a la boca
y se nutre inconsciente.
La savia no hace ruido.
La vida empuja silenciosamente.
Cada noche se va como ha venido
a dar noche a otra noche
y el día nuevo surge entre dos luces
con su página en blanco donde situar la fecha:
“Tal día como hoy...”.

Sophía (2003)

FELICIDAD

Jamás con la conciencia,
siempre con los sentidos.
Te puedo oler, gustar, mirar, palpar,
pero nunca saberte.
En el preciso instante
de conseguirte, huyes
y retornas a ser mi perspectiva,
intento, objeto deseado, eres
incompatible con la pausa,
paréntesis de dicha, saboreo
del gozo detenido, tú, pretérita
o por llegar, felicidad ausente.
Inconsciente te vivo en un relámpago,
transverberas y rompes los tejidos
de la dicha, transeúnte...
(Quédate en mí, que ya no he de pensarte,
no voy a darme cuenta todavía
para que no desaparezcas.)

Sophía (2003)

PALABRA

Libre y frágil y armónica,
liviana compañera,
paloma mía, vuela desvalida.
Asirte no, pero sí hacerte,
hacernos juntas
y el zureo sea un cántico
unísono, una nueva sinfonía,
un ritmo repetido,
entre la novedad y la rutina,
hacia adentro, anidada perdurable,
huésped de mi sonido más profundo,
en el tiempo enroscada
antes de alzar el vuelo
pronunciado, en la voz.
Ave de mí, palabra fugitiva.

Sophía (2003)

TAUROKATHAPSIA

¡Al fin, todo depende del salto y del empuje!
¡Saltar sobre la vida, sobre tiempos y espacios!
Largo y negro es el lomo, la embestida,
negro y bravo es el reto del acróbata.
Medir con la mirada la anchura de la fiera
y volar sobre ella, del testuz a las ancas.
¡Saltar entre cuchillos, volar, ese es el modo!
¡Todos nacemos desde un misterio que embiste!

Sophía (2003)

NARCISO Y EL AGUA

Creyó ser ella misma, en los ojos de Narciso.
Narciso, a través de ella, se amaba y complacía.
Y el agua contemplaba confundida su belleza
en los hermosos ojos que siempre la ignoraron.
Pero cuando el nenúfar apareció en su seno,
azul y oscuro como la muerte, transformado,
quedó desposeída el agua de lo suyo:
la fluidez, el alma, el rostro y el espejo.
Quedó por siempre el agua preguntándose a solas,
preguntándose siempre en qué consistiría
aquello de ser agua...

Sophía (2003)

AHORA TE SÉ, PUES TE RECUERDO

Ahora te sé, pues te recuerdo.

—Saber es recordar, según el griego—.

Ahora sé más de ti que cuando estabas.

Ahora puedo medir lo que me deshabras.

Ahora sé más de ti por lo que falta.

Te digo más, porque el silencio impera.

—Más resuena la bóveda

cuando más solitaria está la nave—.

Tus gestos sin soporte son tus gestos,

sin cejilla que ajuste los sonidos

suenas mejor a ti. Ahora te siento.

Desanudo el cordón del embalaje

a ver si hay algo más que nada dentro.

Las cosas distraían; las ideas,

los mundos, el sonido. Interferían

sombras que te alejaban, me alejaban.

Ellas sobrevolaban, tú me sobreentendías.

Quizá no como entonces, así estamos:

tú en mi memoria, acaso yo en la tuya.

Ahora te sé, por cuánto te recuerdo.

Sophía (2003)

HIDE-AWAY

La casa está situada al filo, en la ladera
de la montaña. Pájaros carpinteros
repican sobre cueros vegetales. Los árboles
se dejan horadar. Siguen siendo los mismos.
Un huerto con almendros e higueras, el camino
sinuoso de chumberas, azaleas y cardos.
Enfrente está La Madre, piedra en un solo cuerpo,
un lítico regazo coronado de nubes.
La casa no se advierte desde la carretera,
ningún transeúnte avista su cercana presencia,
tan solo los cernícalos, los ojos suspendidos,
las aves que preparan el chillido de ocaso.
Cruzan venados por las crestas altas,
se desliza la sierpe junto a las codornices.
La casa es muda y ciega, blanca e imperceptible
su longitud de nieve, su ardido camuflaje,
oro de soledad renovado en las horas,
tramo de la escalera prendido a su clausura,
el interior absorto se inflama, hace reclamo.
Y no hay tiempo más grave, ni solemne ni hermoso
que el que acapara este refugio embrionario
donde la savia inflama vegetales arterias
y el polen se derrama en busca de destino.
Frente a la noche inmensa, frente a los altos riscos,
donde todo lo vivo bulle y cambia y transforma,
la ceniza y el hueso son abonos fecundos,
fango y piel del detritus que se hará primavera,
toda hecha de silencios continuos, precavidos,

átona e inconsciente sinfonía que vuela,
todo huésped sumiso a reglas maternas,
y en hora exacta, el hecho prodigioso:
Reclama ya su turno la Escondida...
¡La casa enfrente que en silencio vuela!
(La Escondida-Grazalema 2005)

Los niños interiores (2008)

NIDOS INMENSOS EN EL MUNDO

Nido inmenso es el mundo
por donde nuestras bocas
insaciables asoman
como crías hambrientas.
Nido interior y en sombras,
cuenco del infinito
pozo en cuyo brocal
la ansiedad se detiene
y la boca sedienta
se incendia con reclamos
de color llamativo.
Sí, llamamos al ave
materna del sustento
con ansias de succiones
violentas que nos calmen
para volar y abrimos
y caer en las rampas
de otro espacio infinito,
por las palmarias vías
de esos otros caminos
hasta la gran fisura,
Puerta con Luz y Aldaba.

Los niños interiores (2008)

EL CUERPO, ESTE PRELUDIO DE LO ETERNO

El cuerpo, este preludio de lo eterno,
lo siento y toco y miro y me pregunto
si no son demasiadas esas atribuciones
que le otorgamos siendo poca cosa.
Y sin embargo, es a través del cuerpo
con que te reconozco y te comprendo.
El tacto te vocea y te proclama.
En el placer la gloria y en el suave
contacto la armonía.
Bulbos acariciados somos en primavera,
unos con otros, sépalos
humedecidos, tiernos.
En la boca el pezón que se estremece
y su ebriedad derrama por todos los sentidos.
Nos hiciste al placer lo mismo que a la muerte,
cada cuerpo es un vaso colmado de Tu vino,
el gozo y el final nos iguala y redime.
Nos hiciste con él, para Ti, con el cuerpo.

Los niños interiores (2008)

FRACASO ESCOLAR

Mira, niña evaluada, en el panel del tiempo.
Tu nombre no figura o ha desaparecido.
No fuiste a clase nunca.
Anduviste perdida dilapidando el oro,
aprehendiendo cualquier tela de araña,
ajena al entramado, absorta con tu cirio.
Solo la luz entraba en tu mochila
y se te acurrucaba en las orejas.
La gente te gritaba
que alzaras las clavijas y sonaras más fuerte
porque no se te oía de tan cabizbajuna
y tanto andar sin orden ni concierto.
Tu nombre no figura en la lista de accesos
al porvenir. Tú nunca lo tuviste.
Ya te vas, y no estás ni siquiera empezada.

Los niños interiores (2008)

ALAMBRADAS

tantísimo silencio agarrado en la garganta
igual que una enredadera de alambre de espino.
MANUEL FRANCISCO REINA

Primer tiempo:

CANTE HONDO EN LA VENTA

En torno, un cerco de alambradas,
como rodea el collar de púas
el cuello de los perros, las manos del rebuscador,
los impacientes en penetrar al otro lado de la valla,
a la otra barrera de entre rejas,
los animales que regurgitan la yerba,
como el pobre su hambre; la testuz de las vacas,
soliviantadas ante el toro bravo,
se balancea de uno al otro lado,
como tallos de yerba en el ferial,
tierra de pasto entonces,
sustento de las mulas y las yeguas,
en la lejana esquina un merendero
con cristales de colores vivos
y un eucalipto grave como una catedral.
La seguriya, voz de hombre a la guitarra:
Desperté y la vi.
Por si estaba soñando conmigo
la dejé dormí...
También se iba por caminos
de huertos al camposanto

donde la blanca sustancia
se vertía en alcuzas sonoras de latón.
Hay niños agazapados
junto a las alambradas.
Luciérnagas bajo el merendero
y la luna en el cielo.
—¡Qué miedo, hermano, qué miedo!

Segundo tiempo:
DEBUTANTE

Se rompería la cuerda en manos del guitarrista,
el quejido en la garganta del cantaor,
se detendría el melisma como una barca que encalla
junto a una roca y la mano
enroscada se abriría en alto, ante aquel silencio,
los brazos de Telethusa, morenos, se enroscarían
sobre los labios del hombre a punto de preguntar:
¿Quién tiene sangre en...?
Sobre el hombro de la madre llora la niña.
Su traje sin estreno riega los baldosines,
lunares y volantes esparcidos, la luna,
culpable y blanca regidora, ufana
de su influjo en aquella debutante entre rosas,
primera regla, niña, ciclo lunar primero.
—Las cuerdas, hija, saltarían... Hoy no puedes cantar...
Y estalla ahora un olor punzante a madre selva
y dondiego de noche.
De noche todavía. Mientras, se oye:

Desperté y la vi.
Por si estaba soñando conmigo
la dejé dormí...

Los niños interiores (2008)

